UN MILLON DE DISPARATES.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO VERDE,

RECOPILADOS

EN UN CUENTO NOVELESCO

POR

D. ANTONIO RAMIRO Y GARCÍA,

CON UN PRÓLOGO

DE

D. JOSÉ MARIANO VALLEJO.

PRIMERA EDICION ECONÓMICA.

MADRID.—1867.

IMPRENTA DE D. ERNESTO ANSART,

calle de Hortaleza, núm. 128.

MCD 2022-L5

NOVELA

MUSEO ROMANTICO
I-11
21

MCD 2022-L5

UN MILLON
DE
DISPARATES.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

UN MILLON DE DISPARATES.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO VERDE,

RECOPILADOS

EN UN CUENTO NOVELESCO

POR

D. ANTONIO RAMIRO Y GARCÍA,

CON UN PRÓLOGO

DE

D. JOSÉ MARIANO VALLEJO.

PRIMERA EDICION ECONÓMICA.

MADRID.—1867.

IMPRENTA DE D. ERNESTO ANSART,

calle de Hortaleza, núm. 128.

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

AL SEÑOR DON TIRSO DE OBREGON.

Corresponda á tu amistad mi gratitud, ya que mi ingenio no corresponde á tu génio.

El Autor.

MCD 2022-L5

CUATRO PALABRAS EN CONFIANZA.

Lector, antes de pasar adelante, préstame atencion por breves instantes, y júrame guardar el secreto que á comunicarte voy.

Hace algun tiempo quise escribir un libro de cantares; escribiendo y escribiendo, despues de los cantares hice otras composiciones; mas tarde, causas que no están á tu alcance, me obligaron á hacer un cuento; trascurridos algunos dias, tuve que convertir el cuento casi en novela, y juzga tú del baturrillo que forma un cuento dentro de una novela, algunas otras composiciones dentro del cuento, y no pocos cantares entre estas composiciones.

Así es que, despues de escrito el original, casi me arrepentí de haberlo escrito.

Pero *estaba escrito*, y á lo que estaba escrito se unieron los ruegos de algunos amigos para que no quedara en escrito.

Esto último me dicidió, y dí á la luz pública mi obra.

De si he obrado mal ó he obrado bien al hacerlo, tú podrás juzgar con solo el trabajo de leerla.

Para leerla, es necesario comprarla (salvo préstamo).

Para comprarla, es menester que aprontes la mosca.

Despues te comunicaré mi secreto: hélo aquí.

La obra es muy mala, arrójala al fuego; pero si mas tarde te arrepientes, compra otra y te convencerás de la verdad que incluyen las palabras de

El Autor.

I.

Bosquejos.

Corrian los años de 1867.

La calma mas completa reinaba en las calles de Madrid, que estaban tan *oscuras como desiertas*, no oyéndose siquiera, ni *el postrer lamento de un cadáver sombrío y macilento, pues era de noche, y sin embargo llovia.*

Así trascurrieron largas horas, hasta que la campana de un reloj, con voz de bajo profundo, interrumpió aquel sepulcral silencio, y un bulto que se escurria por la estrecha acera de la calle de Santa Isabel, murmuró entre dientes estas solemnes palabras:

—La una.

Y continuó su camino hácia la calle del Leon, en una de cuyas puertas paróse, despues de lanzar un voto al verse empapado en agua.

Pero digamos algo mas del personaje que nos ocupa.

Vestido con estrecho pantalon, corto chaquet, escotado chaleco, saco al brazo y calcetines de algodon, nuestro hombre podia pasar por uno de esos petimetres que huelgan dia y noche por las calles de Madrid.

Su fisonomía, en la cual se dibujaba un marcado tinte de ruda franqueza, al par que las señales inequívocas de una vida agitada, apenas revelaba que sostenia sobre sus costillas el enorme peso que suponen nueve mil ciento treinta y un dias, ó sea veinticinco años.

MCD 2022-L5

Su aspecto varonil, su rizada melena y un ojo de gallo en el pié izquierdo, hubieran hecho exclamar á un mudo:—¡Este es un hombre de pró!

Tal era el ave nocturna con que hemos tropezado al principio de este cuento.

Pero no divaguemos, y prosigamos nuestra narracion.

Dejámosle, segun íbamos diciendo, á la puerta de una casa en la calle del Leon, y allí le volvemos á encontrar, en el instante en que registrando sus bolsillos, buscaba en ellos algun objeto, que ocultábase sin duda entre cien pliegos manuscritos, los cuales formaban un abultado lobanillo sobre la segunda costilla del lado izquierdo de nuestro héroe. Por fin, el objeto apetecido pareció, y fué introducido en la cerradura de la puerta.

Un detenido exámen por parte nuestra, nos hizo sospechar á las pocas horas que aquel objeto era una llave.

Con efecto, el agudo chirrido que produce la barra al rozar con las lengüetas, diónos á comprender que nuestras sospechas no eran infundadas.

El hombre, por fin, abrió, miró, entró, cerró, y pufff... se elevó hasta el cuarto tercero, donde se paró.

Por segunda vez dióse á registrar su baul-maleta, y otro objeto muy parecido al primero, y que por el idioma en que se expresaba, debia pertenecer á la misma nacion, fué introducido en la cerradura de la puerta, que dejó el paso franco hasta la pared de enfrente, en la cual se hallaba otra puerta que comunicaba con un reducido gabinete, del que se posesionó en breve nuestro hombre.

Dejémosle cepillarse el polvo, operacion que comen-

zó á practicar desde luego, y ocupémonos breves instantes de la estancia en que se encontraba, que no era mas ni menos que una jaula de cuatro varas en cuadro, con una alcoba de las mismas dimensiones.

Una cómoda, que á fuerza de serlo, permanecia medio tumbada, algunos libros en el mas ordenado desórden, varias estampas representando la vida y milagros de Ulises, seis sillas que debieron ser de gutta-percha, y un ancho tintero de barro *sobre una mesa de pintado pino,* constituian el menaje del cuarto, que en honor de la verdad, no debió pasar nunca de ochavo.

En cuanto á la alcoba, era diferente.

Dos estrechas camas, cuyos colchones se encontraban ya en el segundo grado de tísis, una silla de Vitoria por mesa de noche y dos perchas de madera, guardaban una exacta proporcion con los muebles del gabinete.

En una de aquellas camas, la figura de una persona jóven, al parecer dormida, nos hizo entrar en curiosidad de saber si quien así reposaba seria hombre ó mujer, y fué sujeta en el acto á un concienzudo exámen.

La esperanza perdíamos ya de salir garantes de empresa tan árdua, cuando héte aquí que una peregrina idea que sugirió á nuestra mente, y que pusimos en práctica al instante, sacónos de la duda que nos atormentaba.

Los pálidos reflejos que despedia la mortecina luz del gabinete, alumbraban el rostro de la persona examinada, y pronto pudimos convencernos de que era hombre, puesto que no tenia agujero alguno en las orejas, y hombre con solo veintitantos años, segun observamos al contemplar su frente y su boca, que tenia entreabierta.

MCD 2022-L5

Pero volvamos al recien llegado.

Si la memoria no nos es infiel, dejámosle cepillando la ropa, cuya operacion terminada, apresuróse á colocar sobre la mesa varios papeles que empezó á emborronar, despues de un gran rato de meditacion.

Así permaneció mas de una hora, hasta que convencido de que la luz espiraba por instantes, tomó la prudente medida de meterse entre sábanas, donde le dejaremos descansar, aunque por breve tiempo.

MCD 2022-L5

II.

Soluciones.

Retrocedamos.

El dia 15 de Agosto de 1860, uno de los coches-diligencias del Norte y Mediodía paraba en la calle del Correo, donde se hallaba establecida la administracion.

No bien dejó de escucharse el choque de las ruedas contra el empedrado, cuando un jóven de cortos años saltó á la acera desde la berlina, contemplando con avidez los magníficos edificios que ante su vista tenia.

Una voz que hirió su oido pronunciando el nombre de Adolfo, consiguió sacarle de su éstasis, y á los pocos instantes sus brazos rodeaban el cuello de otro jóven.

—¡Diantre, Julio! exclamó el recien llegado, ¡cómo habia de sospechar ni remotamente que estuvieras esperándome!

—¿Y por qué no, Adolfo? Recibí tu carta, sé los obstáculos que encuentra al llegar á la córte el que jamás ha estado en ella, y he salido á recibirte para notificarte que en mi casa se te aguarda ya con una habitacion preparada.

—¡Cómo podré pagarte, Julio, las pruebas de amistad con que siempre me distingues!

—¡Caracoles! exclamó éste; pues no faltaba mas sino que al cabo de haber pasado juntos los años de

nuestra infancia, no obrara cual obro. Vamos, déjate de tonterías ahora, y marchemos á casa, donde ya nos esperará con el almuerzo preparado la que de hoy en adelante ha de ser nuestra patrona.

Desde aquel dia, Julio y Adolfo no se separaron mas que aquellos ratos en que la obligacion los reclamaba.

El trato enjendra cariño, suele decirse, y con el trato concluyeron los dos amigos por no participar mas que de unas mismas diversiones, de un mismo bolsillo, aunque no de unas mismas ideas.

Julio estudiaba dia y noche, y no tenia otro afan que el de hacerse abogado.

Adolfo, por el contrario, no estudiaba una línea, y cada año emprendia diferente carrera.

Los deseos de Julio se cifraban tan solo en hacer la felicidad de una mujer.

Adolfo no anhelaba otra cosa, mas que todas las mujeres hicieran su felicidad.

Aquel siempre tenia fija su mente en el mañana.

Este, jamás avanzaba un paso del hoy.

Las diez de la noche era para Julio la hora fija en que se retiraba á estudiar durante el invierno.

Las diez de la noche era para Adolfo la hora en que veia rodeado de mas encantos el salon de Capellanes.

Pero en medio de esta diversidad de ideas, nunca la mas ligera nube oscureció la amistad de los dos camaradas.

Por el contrario, los deseos de Adolfo siempre leyes fueron para Julio, y los caprichos de Julio siempre fueron órdenes para Adolfo.

Así trascurrieron algunos años.

Julio habia terminado su carrera, y consiguió un destino en el ministerio de Hacienda.

MCD 2022-L5

Adolfo se avergonzó entonces de no ser nada, y acaso por la primera vez de su vida tendió la vista al mañana.

El ejemplo de su amigo le sirvió de estímulo, y dióse dia y noche á pensar en la senda que habia de seguir.

No tardó mucho tiempo en formar una determinacion que anheló poner en práctica instantáneamente.

Para ello quiso consultar ante todo la opinion de su amigo, y sin darse espera

—Julio, le dijo: tengo formado el plan que á seguir voy, y necesito de tus consejos. Es necesario, pues, que me escuches, que me comprendas y que contestes categórica, sinceramente á esta pregunta. ¿Sirvo para periodista?

Julió estudió algunos instantes la fisonomía de Adolfo, se acarició el bigote y contestó sin titubear:

—Sí.

—¿En qué te fundas?

—En cien cosas de las cuales te citaré algunas: tus conocimientos no son vulgares, manejas regularmente el castellano, eres listo, decidor, camorrista, y sobre todo, tienes muy poca vergüenza: harás carrera.

—¿Lo crees así?

—Lo profetizo.

—Perfectamente.

A los pocos dias, Adolfo formaba parte de la redaccion de un periódico.

A pesar de ello continuó asistiendo á los bailes, siguió haciendo el amor á cuantas mujeres veia, y tomando cartas siempre en lo que no le importaba.

Esto fué causa de que Julio exclamara muchas veces:

—Génio y figura hasta la sepultura.

Un dia, por fin, y con gran sorpresa de su amigo, Adolfo se expresó en estos términos:

—Julio, vamos á hablar un rato, con la formalidad que nos caracteriza.

—Me escamo, murmuró éste.

—Pues no te escames, añadió el calavera, y lejos de eso, empieza por abrir un palmo de boca en señal de sorpresa.

—¡Diantre! se trata de erigir un segundo arco á Trajano.

—Se trata de cosa mas difícil.

—Veamos, hombre, concluye de explicarte, por Dios, que me tienes con curiosidad.

—Pues bien, Julio: he hecho propósito de sentar la cabeza.

—¿En alguna almohada?

—No te chancees.

—Hombre, cualquiera al oirte te creeria todo un santo.

—No seré santo, pero sí mártir.

—¿Pues y eso?

—Julio, es necesario que lo sepas todo: estoy enamorado.

—¿Tú?

—Sí; ¿qué te extraña?

—Pero, Adolfo, dijo sorprendido aquel, ¿es posible que seas tú capaz de enamorarte?

—Por desgracia, chico.

—¿Pero hablas ingénuamente?... ja, ja, ja, y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Tanto es así, que mañana mismo dejamos esta casa.

MCD 2022-L5

—¡Cómo!

—¿Cómo? liando el petate, y marchándonos á otra.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

Un mes hará, á lo que creo, que en la calle de la Montera, hallé una mujer de unos veinte años, buena estatura, ojos grandes y rasgados, dentadura alabastrina, erguido talle, cuello esbelto, lábios de coral, dulce sonrisa, pié breve, y...

—Etcétera, etcétera, etcétera, dijo Julio abreviando la descripcion de su amigo.

—A su lado, continuó éste, sin reparar en los etcéteras de su amigo, marchaba una señora de unos cincuenta años, varonil ademan, torva mirada...

—Etcétera, volvió á exclamar Julio.

—Etcétera, repitió Adolfo con gran calma. Pues como te decia, las ví, y quedé instantáneamente prendado.

—¿De las dos?...

—No, hombre, de Luisa.

—¿Y quién es Luisa?

—¡Toma! la jóven.

—Ya: adelante.

—Continúo: como habrás supuesto, la seguí hasta su casa, la saludé cortesmente, logré entregarla una carta á los pocos dias, contestó que correspondia á mi amor, luego fuí presentado á la madre, que lo es la señora de quien te he hablado, y por último, empecé á entrar en la casa como Pedro por la suya.

—Bien; pero eso qué tiene que ver con lo que me has indicado.

—Hombre, ten paciencia, por Dios.

—Sigue.

MCD 2022-L5

—Hoy, doña Restituta me ha indicado que quisiera tener dos huéspedes, así, como nosotros, y juzga tú de mi alegría al escuchar semejante noticia.

—Pero, ¿quién es esa doña Restituta?...

—¡Torpe! la madre de Luisa.

—¡Ah!!! vamos, ya caigo; y segun eso, ¿tú quieres que nos traslademos?...

—Mañana mismo; la casa, chico, es un paraiso.

—Ya lo voy viendo, ya.

—El padre de Luisa es un capitan retirado, cuyo solo afan es describir las batallas en que ha tomado parte; por lo demás, es un hombre que ni corta ni pincha.

—Mira, Adolfo, que vas á pasar la pena negra, dijo Julio tratando de disuadir á su amigo.

—Aprensiones.

—¿Sí?... tú me lo dirás.

Al dia siguiente de este diálogo, Adolfo y Julio estaban instalados en su nueva habitacion.

Supongo que mis lectores habrán adivinado ya quién era el hombre que, al principio de esta novela, hemos encontrado en la calle de Santa Isabel, y quién el que hallamos dormido en la casa de la calle del Leon; mas si mis lectores no fuesen adivinos, sepan que aquel á quien encontramos en la calle de Santa Isabel, y el que hallamos mas tarde dormido en la casa de la calle del Leon, eran los mismos que ya habrán adivinado mis lectores.

MCD 2022-L5

III.

Preparativos.

Habian trascurrido algunos dias desde la noche en que seguimos al jóven de la rizada melena.

—Díme, Luisa, decia una señora muellemente recostada en el sofá de una sala contigua al gabinete que ya conocemos, ¿te ha hablado alguna vez Adolfo de boda?...

—Nunca, mamá.

Doña Restituta, pues no era otra la que interrogaba, torció el gesto.

Algunos compases de silencio siguieron á la respuesta de Luisa.

—Pues, hija mia, dijo doña Restituta, es necesario que lo arregleis cuanto antes, porque al fin y al cabo, una jóven, ¡qué demonios! pierde, y luego, claro está, pasa el tiempo y véte á buscar marido cuando seas vieja.

—Pero, mamá, si no corre prisa.

—¿Qué sabes tú, tonta? Además, yo creo que tu novio tiene muchas trapisondas y muy poco dinero. Hum.... ya me lo estaba yo oliendo: estos periodistas dan un chasco al mas pintado.

—Pero si yo le quiero así.

MCD 2022-L5

—Eso es, para morirte de hambre; y luego, está claro, tendrás que andar siempre de la ceca á la meca, porque esta gente no puede vivir sin revoluciones, y lo que es natural, á la fin y á la postre se descubre el pastel, los mandan á tomar aires, cosa que está muy en el órden, y tú, mujer, quédate ahí hasta que manden los mios.

—Adolfo no es de esos, mamá.

—¿No? mira que donde menos se piensa salta la liebre. Dí, ¿no seria mejor que te casaras con tu primo Rodrigo, que el pobre bebe los vientos por tí?

—¡Vaya un partido!

—¡Toma! cuántas se darian con un canto en los pechos.

—¡Pues tendrian buen gusto, mamá!

—Él es jóven.

—Ya lo sé.

—Buen mozo.

—Y tonto por mas señas.

—Muy rico.

—No es oro todo lo que reluce.

—¡Tiene coches y caballos!

—Y como dicen en el último mono, tambien tiene un ojo, medio medio...

—Tiene dehesas.

—Ya se le conoce en el olor.

—Y sobre todo, Luisa, va á ser baron.

—Pues ¿qué es ahora, mamá?...

—Es... un simple particular.

—Lo creo.

—Conque, vamos, hija mia, ¿qué decides?...

—Mire usted, mamá, ahí llega Adolfo, puede usted preguntarle y acaso él conteste por mí.

MCD 2022-L5

—Felices dias, señoras, dijo aquel penetrando en la sala: ¿vamos á almorzar pronto?.

—Si quieres, añadió Luisa, esperaremos á Julio.

—Julio ha llegado ya hace un cuarto de hora, y mira la prueba de ello.

Con efecto, Julio y un hombre como de cincuenta años, franco mirar y nevado mostacho, aparecieron en la entrada de la habitacion.

—¡Voto á un cañon rayado! exclamó el hombre de los bigotes, conocido por el capitan Cienfuegos; estas mujeres de Belcebú tratan sin duda de sitiarnos por hambre. A ver, media vuelta á la izquierda y el rancho al escape.

A los pocos momentos, el almuerzo estaba servido.

—¡Bravo! murmuró Adolfo al olfatear el primer plato: prometo almorzar hoy como un Heliogábalo.

—¿Segun eso, preguntó el capitan, estamos de buen temple? Así me gustan á mí los hombres, ¡truenos y y rayos!...

—Es que, francamente, contestó Adolfo, lo que es hoy, tengo motivos para estar contento.

—¿Sí, hé? dijo con malicia doña Restituta.

—Sí, señora, añadió aquel: hacia algun tiempo que trabajaba sin cesar en un proyecto, y aunque las circunstancias no son muy favorables que digamos, sin embargo, voy á ponerlo en ejecucion desde hoy, aun cuando casi tengo por seguro que no ha de darme los resultados que apetezco.

Doña Restituta, al oir esto, hizo una seña significativa á Luisa, murmurando por lo bajo:

—Cuando yo digo que este hombre va á hacer alguna barbaridad.

—Por Santiago, mi patron, exclamó el veterano,

que no comprendo una sola palabra: ¿se trata acaso de asaltar una plaza fuerte?...

—Casi, casi, aunque en otro sentido.

—¡No te lo dije! pronunció la capitana al oido de su hija.

—Se trata, continuó Adolfo, de *un millon de disparates*, para lo cual quisiera contar con algunos millares de españoles, que temo se queden en unos cuantos centenares únicamente.

—¡Ave María Purísima! dijo santiguándose doña Restituta, ¿y eso es lo que por espacio de tanto tiempo ha estado usted meditando?

—Claro está, señora.

—¡Jesús, María y José! ¡Cuántos disparates hacen los hombres por el afan de medrar!

Adolfo no reparó en el sentido de aquellas palabras.

—¿Y qué es lo que piensa usted hacer?... volvió á preguntar doña Restituta.

—Lo primero, dijo Adolfo con decision, va á ser echarme á la calle.

—¡Vírgen de Atocha!

—Preparar todo lo que hace falta para una cosa así, y manos á la obra.

—Bien, añadió la señora de Cienfuegos; pero para todo eso hace falta bastante dinero.

—Ya lo creo que hace falta, mas ya cuento con el necesario.

—Pues, señor, dijo el capitan, si entiendo una sola jota, que me den cincuenta palos en la caja de un tambor.

Julio movió la cabeza en señal de duda, y con marcada intencion preguntó á su amigo:

—Adolfo, ¿tú estás plenamente convencido de que

MCD 2022-L5

lo que vas á hacer reune las condiciones que el público ha de exigir?

—Hombre, contestó Adolfo sonriendo, no hace muchos dias mi amigo Ramiro dió á luz un libro del mismo género, y francamente, aun cuando las comparaciones son siempre odiosas, me parece que puede presentarse mi obra allí donde se presente la de Ramiro.

Luisa miró con una sonrisa de orgullo á doña Restituta que escuchaba asombrada, y siguió sin pronunciar palabra.

—Nada, nada, dijo el capitan, adelante; audacia, fortuna y *uvas*, como dice muchas veces Julio. ¡Qué rayos! el que no se aventura... pues, no pasa la mar. En cierta ocasion me mandaron tomar un reducto al enemigo, y era la primera vez que yo entraba en fuego; pues bien, me eché el alma á la espalda, mandé calar bayoneta, pasé las trincheras, y á la media hora...

—Pero, hombre, dijo doña Restituta, si eso lo sabemos ya de memoria.

—¿Sí? ¡pues, silencio en las filas! exclamó el capitan, y luego dirigiéndose á Adolfo: Puede usted continuar, dijo.

—Pues decia, continuó aquel, que estoy dispuesto á seguir adelante, mal que pese á mi amigo Julio.

—Poco á poco, se apresuró á contestar éste; siempre, como tú sabes, he procurado animarte para cualquier empresa que he creido digna de tí, y no he de ser, á fe de Julio, el que en esta ocasion te disuada de tu idea; pero me temo que no puedas llegar á verla realizada.

—¿Y por qué?

—Lo ignoro; mas... ¡tropiézase con tantos obstáculos

al dar á luz un libro por insignificante que sea!...

—¡Voto al chápiro! estás hablando como si no me conocieras. ¿Ignoras que tengo una fuerza de voluntad, capaz de arrastrar cuanto á mi paso encuentre? Nada, nada, adelante, pues. Mañana doy original á la imprenta, elijo tipo, preparo papel y dentro de un par de dias me presento con los primeros pliegos en la censura de novelas. El Censor es persona de un talento muy claro, segun he llegado á comprender por lo que de él se dice, y uno de los mejores literatos con que cuenta España. Esta ya es para mí una ventaja. Llego, tiro de la campanilla, me ordenan pasar, y al verme frente á él: beso á usted la mano, le digo; ¿tengo el honor de dirigirme al señor Censor de novelas?—Servidor de usted, me contestará.—Muy señor mio, replicaré yo. Y sin mas circunloquios, caballero, le diré, yo soy un jóven que vive de lo que come, y come de lo que escribe, y escribe de aquello que puede darle de comer para poder vivir: he compuesto un libro, mitad cuento, mitad novela, y hoy tengo el honor de presentarlo á la aprobacion de usted: si merece ser mirado con la benevolencia que en usted es característica, habré conseguido la mitad de lo que me propongo. Concédame usted, pues, la dignacion de leerlo, y mañana disfrutaré por segunda vez el honor de ponerme á sus órdenes.—Está bien, me dirá.—Gracias anticipadas, añadiré yo; y ¡qué diantre! no ha de tener el Censor entrañas de tigre, destrozándome lo que me ha costado seis meses de trabajo. ¡Oh! ya verán ustedes si salgo ó no garante con mi empresa.

Con respecto al título es cosa muy sencilla: Ramiro ha elegido para su libro el de UN MILLON DE DISPARATES, yo elijo tambien el mismo, y todo se reduce á que

al ir el público, si es que va, á comprar uno de los dos libros, tenga que decir: déme usted los *disparates* de Ramiro, ó déme usted los *disparates* de Adolfo.

En cuanto al prólogo, te lo recomiendo, Julio, y ya tengo un quebradero de cabeza menos.

—¡Yo escribirte el prólogo! dijo Julio sorprendido.

—Sí, hombre, sí: ¿qué te sorprende?... ¡No ha escrito Vallejo el del libro de Ramiro! Pues en vista de esto, no veo inconveniente para que tú hagas el del mio. Los dos sois abogados, y por lo mismo, creo que no os aventajareis mucho uno á otro en conocimientos.

—Sí, pero es que Vallejo maneja bien el castellano, es escritor de profesion, y por lo menos en práctica tiene que aventajarme.

—Vamos, Julio, dijo Luisa suplicante, sea usted condescendiente.

—¡Veinte legiones de demonios! exclamó el capitan, si eso no es mas que encargarse de una avanzada...

—Precisamente, contestó Julio.

—Pues entonces, ¡truenos y rayos! ¡de frente! ¡paso redoblado! ¡mar...!

—Mira, añadió Adolfo tratando de convencerle, si es la cosa mas sencilla. A ver, Luisa, dáme un tomo que tienes á tu derecha. Verás, dijo á Julio, voy á leerte el de Vallejo, y pronto te convencerás de que hacer un prólogo no es cuestion mas que de dar mirra é incienso al autor del libro. Presta, pues, atencion, y yo te prometo que con oirlo una sola vez, y leer un número de *La Correspondencia*, te ha de ser tan fácil como conjugar el verbo comer.

Y Adolfo comenzó á leer de este modo:

MCD 2022-L5

PRÓLOGO.

Los prólogos, generalmente hablando, en vez de ser unos estudios críticos, han venido á ser una especie de *bombos* en los cuales su autor dice lo siguiente: «Mi amigo D. Fulano de Tal tiene un gran talento, y yo, en el mero hecho de conocer, como conozco, su mérito, soy tambien un hombre de pró, pues, segun dice el refran, «no es malo el sastre que conoce el paño.»

Partiendo de este supuesto, no me extraña que el concienzudo crítico Cañete haya escrito un prólogo para los cantares de Palau, poeta catalan, y que Escrich, el popular novelista, autor, entre otros, del científico dicho *si los polos se encontraran, uno daria al otro sus nieves y el otro su calor*, haya escrito otro prólogo elogiando los profundos conocimientos del Sr. Vila. El mejor dia, si así continuamos, vemos á Juan Castro escribir un artículo crítico-filosófico, prefacio de las obras del inmortal Estrada.

En España se acabaron ya los tontos y todos los ingenios, menos los que son genios, servimos para todo.

Sentado ya el axioma que precede, yo debo ser un buen crítico, y como sobre este punto no admito discu-

MCD 2022-L5

siones, paso desde luego á examinar el libro de mi amigo Ramiro.

Antonio Ramiro es un muchacho aún: y á pesar de sus pocos años maneja el lenguaje de una manera admirable, si bien á veces su extremada travesura es causa de que su pluma se estravíe. Quevedo y el ingenioso Gabriel Tellez incurren tambien en el mismo defecto, hijo del género en mi opinion, y estas dos lumbreras de la literatura de nuestro siglo de oro, son quizás los que con sus epígramas siempre ingeniosos, aunque no siempre morales, han contribuido mas á viciar la propiedad y pureza de nuestra lengua.

El lenguaje como las flores, contiene en su raiz gratos aromas; pero al extraerlos, las flores y el lenguaje se desvirtuan, perdiendo su pureza y con ella su hermosura. Por esta razon, si bien comprendo su mérito, el retruécano *calembourg*, segun la moda, me es en general un poco repulsivo, y á nadie peor que á mí podia mi amigo Antonio encomendar la crítica de una obra en la cual los retruécanos no solo abundan, sino que constituyen su mayor mérito.

El vulgo dice que sobre gustos nada hay escrito; pero Lope de Vega, autoridad respetable, dice que el vulgo es necio, si bien añade, que pues paga es justo hablarle en necio para darle gusto, y al vulgo le gusta el lenguaje picaresco. Yo por mí sé decir que me gusta mas lo inocente, dulce y apasionado de la verdadera poesía, hija del génio, que el chispeante agri-dulce de las sutilezas del ingenio; pero si poesía es la bella y rimada manifestacion de los sentimientos, preciso me es confesar que dentro de esta definicion están las creaciones de Quevedo, Tellez y Ramiro, *si licet magna cum parvis componere.*

Transigiendo con el género, os hablaré de la altura á que, en mi opinion, se encuentra en él mi estimado amigo.

De que Ramiro maneja fácilmente nuestro idioma, se convencerá bien pronto quien su libro lea; cada uno de sus cantares es una prueba de ello, y yo no necesito esforzarme para probarlo; pero no es el conocimiento del lenguaje la única circunstancia recomendable del libro que hoy publica. Los cantares son puramente populares; su carácter peculiar es la sencillez de la forma, y la correcta sencillez de los de mi amigo, prueba su profundo conocimiento de lo que es el pueblo. Oigamos algunos de ellos:

«Al indicar en tu casa
que iba contigo á casarme,
Tu madre ha dicho... que nones
Y yo la he dicho... que pares.»

¡Magnífico cantar! cuando lo oí por primera vez de los lábios de su autor, se me figuró escuchar el sonido de una guitarra y hasta ví la amarga sonrisa de despecho, al par que de satisfaccion, con que el cantor de la copla acompañaba sus últimas epigramáticas palabras. El mozo aragonés ó riojano que haya sido despreciado por la madre de su *adorado tormento* y á cuyo oido llegue este cantar, estoy seguro que le ha de repetir mas de una vez, cuando saliendo de ronda, pase por delante de la casa del objeto de sus aspiraciones.

No en un pueblo, pero sí en los barrios bajos de Madrid, es evidente que *volventibus anis*, se ha de repetir tambien el siguiente bellísimo cantar, haciendo aso-

mar los colores á las frescas mejillas de alguna costurera, modistilla, ribeteadora ó cigarrera:

«Tu madre dice que quiero
Hacer de tí una criada;
Anda, ve y díle á tu madre
Que al fin pararás en ama.»

No será extraño tampoco que algun jactancioso module al son de la vihuela la siguiente copla, tomada, como las anteriores, del libro de mi amigo:

«Al huerto á coger lechugas
Nos mandó un dia tu abuelo,
Y por la noche decias
¡Buena ensalada hemos hecho!»

Si poesía popular es la que, copia de las costumbres, se escribe para el pueblo, no cabe duda que Ramiro es un poeta popular, que en fuerza de serlo llegará á ser popularísimo. Otro género de poesía puramente actual y característico de la época, se encuentra tambien en este libro: me refiero al género *camelo*.

Yo no sé si los graves y sesudos individuos de la corporacion del *fija, limpia y da esplendor*, admitirán aquella palabrita que en mi pobre opinion no puede ser mejor. La palabra *broma* precisa poco, *guasa* es voz americana, y *filfa* es lo mismo que mentira. *Camelo* es un chasco intelectual, realizacion de la fábula *Mons parturiens*, y por esta razon llamo yo *camelo* á ese género que, anunciándose con la mayor galanura, acaba en una payasada. De este género, en moda hoy, hay verdaderos modelos en el libro de que me ocupo. Las

composiciones *¿Ve, usted? Mi Blanca, Un suicida* y *Romanticismo*, son unos perfectos chascos. No es tampoco escaso el que da la siguiente composicion:

«Ginete en un bridon con piés de ciervo
Por los cerros de Ubeda cruzando,
El campamento del infiel buscando
Sin descanso y sin tregua,
Alvar Gonzalo avanza
Rasgando el aire con la férrea lanza.
De repente añafiles y atabales
Allá por la espesura
Envian al espacio ecos marciales,
Y todo anuncia que la infiel morisma
De lucha deseosa,
En órden de combate espera ansiosa
Al que llega anhelante,
Al campamento infiel lanzando el guante.
Ya están á veinte pasos los contrarios;
Ya el caballero grita
¡Por mi Dios, por mi rey y por mi dama!
Y cuando á pelear se precipita
Rayando su valor en heroismo,
Da un tropezon el jaco,
Y Alvar Gonzalo se rompió el bautismo.»

Me he permitido llamar *camelos* á esta clase de composiciones, y aunque hubiera podido nominarlos chascos literarios, creo mejor la calificacion primera. La palabra no es ni puede ser mas que un signo convencional de las ideas ó de las cosas, y siendo esto así y no teniendo denominacion específica en el Diccionario de la lengua esta clase de poesía, la he dado un nombre que me ha parecido á propósito. Para evitar audacias como la

mia, seria muy conveniente que la Academia denominara las diferentes cosas que en los diferentes ramos del saber humano fueran apareciendo.

Pero me he estraviado lastimosamente. Yo no sé si mis lectores encontrarán belleza en esta clase de composiciones; si no la encuentran, y por el contrario les desagrada, tanto mejor, seremos del mismo gusto. Voy viendo que, por lo que digo de su libro, puede el autor con la misma razon mandarme un par de amigos que se entiendan con otros dos que lo sean mios, que un cajon de cigarros; pero soy abogado, estoy en camino de ser juez, y sé que justicia es *raigada é perfecta virtud que da é comparte á cada uno su derecho igualmente.*

No aplaudo, pues, el género, aunque sin embargo recomiendo á los aficionados, como muy notables, las muestras de él, expuestas en este verdadero bazar literario. En otros géneros hay tambien en este libro verdaderas joyas. Como epígrama de diccion, encierran uno muy bueno los cuatro siguientes versos:

«Nació amor en nuestros pechos,
Nació confianza mútua,
Nació mas tarde deseo,
Y nació despues ventura.»

Resumiendo. Un millon de disparates, como se titula este libro, no contiene ni un solo disparate, en mi pobre opinion, probando por el contrario el peregrino ingenio de su autor. Las fábulas, cuentos y epígramas, géneros de que no me he ocupado, son tambien excelentes y tan chispeantes, que se confunden entre sus

compañeros sin sobresalir sobre ellos, á pesar de su excelencia, el siguiente epígrama:

«Don Juan, que es hombre de juicio,
Gasta mucho y va elegante.
Aunque solo es un cesante
Sin rentas y sin oficio.
No sé de dónde lo saca,
Pero él encuentra oro y mesa,
Ó sentado en la butaca,
Ó tendido en la marquesa.»

Los que creen que nuestra lengua no se presta al retruécano, lean á Quevedo; pero si no quieren molestarse en ir tan lejos, compren este libro, cuya mejor crítica se encierra en esta definicion: UN MILLON DE DISPARATES, es una pastilla de menta. Grato como esta clase de dulce, ataca como él la sensibilidad, teniendo entre sí, pastillas y libro, grandes puntos de contacto. Este es mi juicio, que no trato de imponer á nadie, pudiendo el lector añadir, corregir y aumentar este juicio particular mio, ó formar el que mas le plazca.

He concluido de exponer mi opinion sobre esta obra, que confio en que agradará; y para finalizar, solo quiero pedir una gracia en beneficio del autor: que no se preste su obra á nadie ni por nada, con lo cual se conseguirán dos cosas: primera, que el comprador conserve su compra, y segunda, que aumentándose el número de los que compren, se agotará en breve tiempo la primera edicion.

¿Accederán ustedes á este favor que les suplico? Gracias en nombre del autor, y gracias en mi propio nombre.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.

—¿Eh? dijo Adolfo dirigiéndose á Julio al terminar la lectura, ¿qué te parece?

—Que está muy bien escrito, y que no me atrevo á tanto, contestó éste; pero, en fin, haré un esfuerzo, y si sale con barbas San Anton.

—¿Es decir, que estamos conformes?... corriente. Voy á preparar acto contínuo un prospecto en la forma siguiente:

UN MILLON DE DISPARATES.—*Fragmentos en verso de un libro verde, por D. Fulano de Tal, con un prólogo de D. Mengano de Tal.—Edicion de lujo.*

Mi querido amigo: ¿Cómo estas, hombre?... Vaya, me alegro, y... pasemos á otra cosa.

Supongo que habrás comprendido por las anteriores líneas, que se trata de publicar un libro. Si yo fuera parte interesada en este asunto, no me permitiria, por concepto alguno, recomendártelo; mas, no siendo así, te advierto que desde D. Favila á Cúchares, no ha visto el gas cosa mas selecta, compuesta de poesías de toda especia.

Camelos salados, cantares picantes, cuentos á la salsa verde, fábulas con canela, chascarrillos con pimienta, epígramas con peregil, humoradas mas dulces que la compota, seguidillas mas flexibles que la goma eclesiástica, algo de esto, un poco de aquello, bastante de lo otro, y mucho mas que verá el curioso pagano, te prometo que has de encontrar en el libro que te recomiendo (por la cuenta que me trae).

Su precio no es muy caro (para el autor): un escudo en Madrid y 10 reales en provincias, FRANCO DE PORTE, es lo que ha de costar esta segunda Caja de

MCD 2022-L5

Pandora, con doscientas páginas de impresion en octavo francés, magnífico papel, elegante cubierta, claros tipos, perfecta encuadernacion, y... perfecta encuadernacion, claros tipos, elegante cubierta, magnífico papel, y doscientas páginas de impresion en octavo francés. ¡¡¡Eche usted y no se derrame!!!

Conque, ¿te suscribes, hé?... corriente: ¡te llamas!...

Está bien; memorias en casa, y hasta otra.

TU AMIGO,

Periquito Entrellas.

—Perfectamente, dijo Julio.

—Pero vamos á ver, añadió doña Restituta, cuándo nos lee usted algo de ese libro.

—Cuando ustedes gusten, contestó Adolfo con ese deseo que demuestran todos los poetas por echar á volar sus habilidades.

—Pues sea ahora mismo.

—Sí, sí, dijo Luisa mirando á su amante.

—Ea, pues en ese caso, la dijo éste, ven y me ayudarás á ordenar algunas cuartillas.

MCD 2022-L5

IV.

Efectos.

—¡Saben ustedes que el chico éste tiene chispa! decia el capitan á su esposa y á Julio, así que Adolfo y Luisa se ausentaron.

—¡Para chispa, se apresuró á decir doña Restituta, mi sobrino Rodrigo!

—Sí, añadió el capitan, tu sobrino tiene gran chispa, sobre todo cuando se emborracha. ¡Voto á Belcebú, en ninguna de las campañas que he hecho he podido encontrar un andaluz tan *desaborio* y tan ganso como tu sobrino.

—Es que tú tienes tirria á toda mi familia; ¿entiendes? y ya me voy yo cansando de tolerarte tantas impertinencias.

—Imperti... ¿qué has dicho?... ¡Por cuatrocientas granadas! que si tiro del chafarote, richchch... te atravieso de parte á parte. ¡Voto á los clavos de las herraduras del jaco de Santiago! que si faltas á la consigna otra vez, te formo consejo de guerra, exclamó el capitan Cienfuegos, echando su apellido por los ojos. Si he dicho que el tal Rodriguito es un avestruz, ¡ira de Dios! que no me arrepiento, puesto que nunca he sido uno de esos bellacos que dan lustre á malandrines de esa estofa. ¡Pues dígote que el chaval merece la pena! egoista, presumido, sin educacion, y por apéndice bruto. Hé ahí lo que tiene tu sobrino;

MCD 2022-L5

tambien es cierto que tiene cuatro ochavos, pero yo nunca he rendido las armas ante el becerro de...

—Que no le llames becerro, exclamó furiosa doña Restituta.

—Déjame concluir; ¡truenos y centellas! ó cargo á discrecion: decia que yo no he rendido culto nunca al becerro de oro, porque jamás he ambicionado lo que Dios no me da; porque tengo una hoja de servicios mas limpia que el sol; porque adorno mi pecho con una cruz laureada; porque tengo en mi cuerpo las cicatrices de siete heridas recibidas en el campo de batalla, y, sobre todo, porque soy mas liberal que Riego.

—Vamos, señores, dijo Julio tomando parte en la cuestion, si esto no merece la pena.

—Pues que no sea insolente, exclamó encolerizada doña Restituta.

—Pues no seas tú cotorrona, entrometida y envidiosa, añadió el capitan; si quieres á tu sobrino, quiérelo en buen hora; pero no compares jamás á un gandul con un mozo de pró; conque ¡alto el fuego! y punto en boca.

Veamos lo que sucedia entretanto en la próxima habitacion.

—Díme, Luisa, preguntaba Adolfo, rodeando con su brazo la cintura de su amada; ¿me quiéres mucho?...

—Mas que á mi vida.

—¡Hermosa!

—¿Y tú á mí, Adolfo?...

—¿No lo lees en mis ojos?

—Sí, pero á veces lo dudo.

—¿Y por qué?

—No sé; mas... como siempre te hallo tan distraido...

—Ya has escuchado el motivo, dueño mio; por eso

desde hoy no he de vivir mas que por tí y para tí.

—¡Oh! ¡cuánto te agradezco, Adolfo mio, esta promesa!

—¿De veras? díme, y tú, ¿imitarás mi ejemplo?

—¡Ingrato! ¡pues no lo ves desde hace mucho tiempo!

—Sin embargo, debe uno cerciorarse bien cuando forma el proyecto de unirse por siempre á una mujer.

—¡Ay! ¡si yo llegara á ser tu esposa!

—¿Lo dudas, Luisa?

—Como nunca me lo has dicho hasta hoy...

—Es que hoy estoy ya convencido plenamente de que me amas.

—¿Sí? ¡cuánto me alegro de que lo hayas comprendido!

—En fin, lo que ahora importa es que salga á luz pronto mi libro.

—¡Cielos! ahora me recuerdas que nos están esperando.

—Vamos, pues.

Y un doble beso terminó la amorosa escena, que formaba un divino contraste con la que representándose estaba en la sala contigua. Por dicha, Luisa y Adolfo llegaron cuando la desarmonía conyugal terminaba.

—¡Hola! exclamó el capitan viendo entrar á los jóvenes, ¿está ahí ya eso?... Venga, venga, que estoy impaciente por oirlo.

Y preparó á Adolfo una silla.

—Señores, dijo éste, ustedes van á ser los primeros, jueces de mi libro, y suplícoles por tanto den su fallo imparcial sobre lo que leyendo vaya.

—Corriente, dijeron todos á una voz.

—En ese caso, principio.

MCD 2022-L5

INTRODUCCION.

Á MIS LECTORES.

Costumbre antigua es ya, que los autores
de todo impreso que formare tomo,
antes de dar principio á sus primores,
demuestren claramente á sus lectores,
que nadie escribe, si en talento es romo.
Para esto buscan frase saturada
de erudicion profunda,
y en claro estilo que en belleza abunda,
¡dicen cosas!... que al fin no dicen nada.
Pero es costumbre que de antiguo viene,
y la costumbre añeja
siempre es costumbre que por ley se tiene.

MCD 2022-L5

Esto, obrar aconseja
de igual modo que obraron otros muchos,
y repitiendo (sin que sea ripio)
«costumbres hacen leyes;» doy principio.
¡Préstame, Apolo, tu sonoro acorde!...
¡ven en mi ayuda, inspiracion divina!...
¡y tú, testigo fiel de mil proezas,
tú, la musa que ensalza las grandezas,
desciende del Parnaso en ráudo vuelo,
y dáme el plectro que pulsar anhelo
para cantar en dulce melodía
trovas que bullen en la mente mia!...
Salomon, llegar supo sin obstáculo
de la sabiduría hasta el pináculo.
Conquistóse Alejandro medio mundo,
y luego el Genovés aventurero
acertó á descubrir un mundo entero.
Sculapio enseñó la medicina.
Ticho-Brahe y Copérnico,
respecto al sol que ansiosos estudiaron,
de la tierra el girar determinaron.
Sócrates y Aristóteles, un dia
fueron sin duda alguna
maestros de la gran Filosofía.
Juan Guttemberg, aunque con marcha lenta,

supo inventar la imprenta.
Santacoloma, en un feliz momento
para los toros hizo un reglamento.
Arquímedes el sábio,
infiriendo á las musas un agravio,
claramente expresó las matemáticas.
Horacio, Ovidio, Ciceron, Homero
y muchos mas, cubriéronse de gloria
con la literatura y la oratoria,
y con ésta despues, *Manguela* el guapo
sacar supo de un bobo un buen gazapo.
César, Atila, Xerges,
el gran Napoleon, y aun otros muchos,
tuviéronse en la tierra
por dioses del estruendo y de la guerra.
Sin reparar en treses ni aun en cuatros,
fundó Castro el *Diario de Teatros*.
D'Arvey, descubrió á fuerza de constancia
que la sangre solícita circula.
Dante en Italia, el gran Corneille en Francia,
en Alemania Goethe, en Inglaterra
Shakespeare, y el gran Cervantes
en la patria del *ole* y del *fandango*,
por su ingenio cubriéronse de glorias,
y para honrar sus ínclitas memorias,

MCD 2022-L5

en páginas brillantes
laureadas se miran sus historias.
Miguel Angel, Correggio, Vinci, Rubens,
Murillo, Rafael, Van-Dick, Tiziano,
Velazquez, y otros cien que no recuerdo,
con pincel que guiar supo su mano,
cual por mágico acuerdo
llegaron á imitar todo lo humano,
y aun pudiera indicar perfectamente
mil cosas mas que bullen en mi mente;
pero habiendo ya dado clara prueba
de que no soy yo rana en este punto,
me guardo en el bolsillo mis primores,
hago un corte al asunto,
y al grano, pues, señores y milores.

— Vamos, pues, al grano, dijo el capitan.
Adolfo continuó leyendo.

TIPOS.

Si encontrais por la calle
un quidam flaco, de estirado talle,
cabellera rizada, alta estatura,

MCD 2022-L5

uniendo á su ridícula figura
sus puntos ó sus comas de poeta
y el no tener jamás una peseta
(moneda muy corriente en el Parnaso),
soy yo mismo, señores, no hagais caso.

Si encontrais por la calle
una señora de relleno talle,
baja estatura, pecho de montaña,
las trenzas recogidas en castaña,
varonil ademan, mano chiquita,
sonrosada la tez, lengua expedita,
sombrero á la *dernière* y falda negra;
¡¡¡mucho ojo, caballeros, que es mi suegra!!!

El capitan soltó una carcajada.
Julio contuvo la risa, y por último imitó al capitan.
Luisa bajó la vista sonriéndose.
Y doña Restituta se mordió los lábios.
Veamos esta otra, dijo Adolfo.

ROMANTICISMO.

SONETO.

Ocultando en su pecho horrible arcano,
subió á la roca la infeliz demente,
mirando el cielo azul sobre su frente,

bajo sus piés mirando el Oceáno:
á los ojos llevó la blanca mano
llanto vertiendo por su amor vehemente,
y arrodillada, con afan ardiente
cumplió el deber de todo fiel cristiano.
Levantóse por fin; sin darse espera
soltó al viento su rubia cabellera,
con angustia exhaló triste quejido,
inclinóse hácia el mar embravecido,
se volvió á santiguar con fe no escasa,
y adios diciendo... se marchó á su casa.

—Aprobado, dijo Julio, adelante.

SAL Y PIMIENTA.

Una noche, me negabas
que ser de noche pudiera;
te cogí, te saqué al campo,
y te hice ver las estrellas.

Tu madre dice que quiero
hacer de tí una criada;
anda, ve y dile á tu madre
que al fin pararás en ama.

MCD 2022-L5

Por testigo la enramada,
por techumbre el firmamento,
y no obstante á los seis meses
lo sabia todo el pueblo.

Que debes mucho, se dice
por esas calles, Juliana,
y no pocos aseguran
que eres muy dada á la trampa.

Al huerto á coger lechugas
nos mandó un dia tu abuelo,
y por la noche decias,
¡buena ensalada hemos hecho!

Al indicar en tu casa
que iba contigo á casarme,
tu madre ha dicho... que nones,
y yo la he dicho... que pares.

A cada uno de estos cantares, el capitan murmuraba para su capote:
—Este chico tiene chispa.
Luisa sonreia con orgullo.
Adolfo siguió leyendo.

MCD 2022-L5

UN PIROPO.

—Vaya usted con Dios, morena,
le dijo un gallardo mozo
á una moza de ocho arrobas
y temo quedarme corto.
—Salero, ocupar debian
ese cuerpo y ese rostro
el camarin de la Vírgen
de Atocha.
—¿Sí, hé? don... oso,
y ¿por qué me dice usté eso?
—Porque desde años remotos
están allí los pendones
que cogiéronse á los moros.

—Allí me pegaron un balazo, exclamó Cienfuegos, y además una cuchillada; pero fué de un modo muy chusco: oigan ustedes.

—Pero, papá, por Dios que ahora estamos en otra cosa, dijo Luisa interrumpiendo á su padre.

—Es cierto, añadió el capitan; siga el libro, que me va gustando.

—Sigue, pues.

LA MALICIA.

FÁBULA.

Casóse un setenton en Albaciles
con una chica de catorce abriles,
que al año, era ya madre
de un rapacin, *todo hijo de su padre,*
segun aseguraba la chicuela;
y el que tuvo la vela
mientras el desposorio se efectuara,
dicen que dijo con risueña cara:
—Para necios ó sabios
nunca mayor verdad dirán tus lábios,
mas si el diablo *la estira*
tal vez de la verdad saque mentira;
conque ¡ojo! y en la boca una puntada.
¡*Habrá malicia aun mas refinada*
que la que nos demuestra EL DE LA VELA
analizando UN DICHO *de ese modo*!...
Bueno es pensar un poco mal, de todo,
que el que no corre en este mundo, vuela,

y el adagio aconseja, «piensa mal,»
pero el que anhele sosegada vida
jamás á la malicia dé cabida.
Válgame Dios Señor, ¡cuánta moral!

GUASITA.

—Prenda, ¿me permite usted
encender este cigarro
en el fuego de esos ojos
que me están achicharrando?...
Esta pregunta hizo un chusco
á una *gachona* del Rastro
mas chupada que una momia
y mas fea que un nublado.
—*Oigaste,* don *riquilorios,*
contestó aquella en el acto,
¿qué es lo que mis ojos tienen
para darle tal cuidado?...
—Nada, sino que al mirar
lo que aun sigo mirando,
creí que seria fuego
y es ribete colorado.

MCD 2022-L5

UNAS MANCHEGAS.

Las muchachas del dia
gastan gran cola,
cinturon, ancho cuello,
y alta la bota.
Y muchas de ellas,
con pantalones largos
cubren sus piernas.

No te enamores, niña,
no te enamores,
mira que te lo dicen
varios autores.
Y don Cariño,
tiene cosas á veces
mas que de niño.

Clavelito de fuego
dicen que es Delia:
lleve Delia cuidado
que soy yo abeja,
Y entre las flores
ando siempre clavando
mis aguijones.

MCD 2022-L5

A San Ramon le rezas
todas las tardes,
porque te dé algun dia
felicidades.
¡Santo bendito!
dos veces ya de *ocultis*
te ha complacido.

Desde el balcon de casa
cuando el bateo,
echamos á los chicos
reales sin cuento:
Dueño adorado,
¿tú sabrias decirme
cuántos echamos?

El jardin de tu casa
tiene rosales,
y las rosas ostentan
tallos punzantes;
Voy sospechando,
que tu herida enconada
causóla un tallo.

MCD 2022-L5

Alguno que otro tonto
dice con flema,
que las mujeres tienen
muy mala lengua;
Y yo querria
andar en esas lenguas
todos los dias.

De sus ricos melones,
la melonera
vende á cuarto la raja
segun Villergas;
Mas yo trataba
á una melonerita
mucho mas cara.

La niña Deseada
viste aun cortito,
y por cola suspira
para el vestido.
Si va á paseo,
muy pronto por la cola
romperá el cuerpo.

MCD 2022-L5

—¿Saben ustedes dónde bailé yo manchegas por última vez? preguntó el capitan.

—En los infiernos, contestó mal humorada doña Restituta.

—Es verdad, añadió aquel: allí fué donde te conocí. Siga usted, Adolfo, siga usted, que con estas mujeres no se puede.

Adolfo obedeció.

UN SUICIDA (1).

¡Qué noche aquella, cielos!... la tormenta
amagaba estallar con sus horrores:
una nube cargada de vapores,
la esfera azul cruzaba en marcha lenta:
el huracan silbaba,
en bramidos la mar se desataba,
y en las entrañas de la selva umbría,
el lobo aullaba y el leon rugia.
Yo estaba delirante; aquella ingrata
que ser fiel me juraba, sin conciencia
faltó á su juramento,

(1) Publicada en varios periódicos de Madrid y provincias.

y yo, mis quejas exhalando al viento,
determiné acabar con mi existencia.
En trance tan cruel, convulso, ciego,
de una pistola levanté el gatillo;
á mi sien la apliqué, ya iba á hacer fuego,
de una guitarra el eco oí cercano
y sin soltar el arma de la mano,
abrí el balcon, furioso,
busqué al que así turbaba mi reposo,
lo ví que se embozaba en un capote,
y yo, libando mi ira gota á gota...
de la guitarra al son, canté una jota,
y aquí estoy, tan rollizo y tan guapote.

Doña Restituta aplaudió esta composicion.
Adolfo no hizo caso siquiera, y continuó:

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

Una oscura noche
del abril risueño,
juntitos y solos
fuimos á tu huerto.
Por buscar fresones,
á oscuras, nos dió:
¡qué cosas tenemos,
muchacha, los dos!

MCD 2022-L5

La tarde pasamos
en coger un grillo;
yo meter la paja,
tú hablar muy bajito.
El grillo endiablado
no quiso salir,
y en el agujero
se quedó por fin.

De la clara fuente
junto al caño mismo,
pusiste la boca
de tu cantarico.
Lo restante, Juana,
queda entre los dos,
ya sabes de sobra
lo que sucedió.

Una noche, juntos,
con nuestra zambomba,
fuimos á las eras
á echar una copla.
Firmes al carrizo
dále que le das,
¡noche como aquella
no pienso pasar!

MCD 2022-L5

—Alla va otro género, dijo Adolfo:

DIVERSIDAD DE IDEAS.

Junto á un coche, dije á Blasa
que era ya entrada la noche;
y Blasa dijo con guasa,
que no entendia de coche.

Tú te empeñaste en que no,
y yo en que sí me empeñé,
tú esconderlo, yo buscarlo,
y al cabo te lo quité.

Miste, siñor, que m'atufo,
miste que no quiero gromas,
miste que me voy poniendo
mas roja c'una mapola.

Que no sirve aún para abuela,
me ha dicho tu madre, Luisa,
pronto se convencerá
de que hay quien así no opina.

MCD 2022-L5

—Oiga usted, dijo saltando de la silla doña Restituta, yo no he dicho una palabra.

—Pero, señora, le objetó Julio, si eso no se refiere á nadie.

—Es que no vaya á creer mi marido que lo he dicho, y luego tenga un motivo para llamarme presumida.

—Pero, Restituta, pero Restitutita, ¿cuándo demonios vas á tener menos lengua?

—Cuando tú tengas mas prudencia.

—¡Ira de Dios! mira, bachillera, que ya me voy cargando con ocho cartuchos.

—Ea, señores, dijo Adolfo, si mi libro ha de ser causa de disgustos, no leeré mas. Y se retiró á su habitacion.

Luisa empezó á llorar.

El capitan, fuera de sí, comenzó á dar puñetazos sobre la mesa, en tanto que Julio se retiraba conteniendo la risa, y doña Restituta se mostraba orgullosa por haber conseguido su objeto.

MCD 2022-L5

V.

Satisfacciones.

A la media hora de la escena que acabamos de referir, Luisa penetró en la habitacion de su amante.

Este se hallaba escribiendo y ni siquiera reparó en la llegada de Luisa.

Julio habia abandonado la casa hacia un cuarto de hora, y doña Restituta y el capitan ocupábanse en la lectura de una carta recibida pocos momentos antes.

Así es que Luisa, colocada cerca de Adolfo, espiaba todos sus movimientos sin miedo á ser observada, con el objeto de causar á aquel una sorpresa cuando se apercibiera de su presencia.

Adolfo concluyó, por fin, de ordenar algunas cuartillas, y como hablando consigo mismo, exclamó por último:

—Perfectamente: mañana podrán ya empezar á trabajar en la imprenta. Veamos si hay que corregir algo.

Y leyó la siguiente composicion:

EL TROVADOR.

LEYENDA DEL SIGLO XV.

Valiente como un Vivár,
de carácter pendenciero,
festivo, franco y sincero,
el primero en pelear
y en vencer siempre el primero,

MCD 2022-L5

Regalado del amor
y de alma en fuego templada;
era el gentil Trovador
Don Cárlos Montemayor
conde de Torrecuadrada.

A la vista de una hermosa
siempre rendia el acero,
y en la noche silenciosa,
trova dulce y amorosa
entonaba el caballero.

Si un galan desconfiado
mostrábale su inquietud,
esgrimia el arma osado,
y un ¡ay! de muerte era ahogado
por el plañir del laud.

Ante su noble apostura
no habia rostro severo,
pues jamás una hermosura
mostróse insensible ó dura
para el conde aventurero.

MCD 2022-L5

Con el peligro hermanado
del hermano se servia,
y cual si fuera su hado,
al conde siempre pegado
el peligro se veia.

Tal era Montemayor,
conde de Torrecuadrada,
el sin igual Trovador,
el temido por su espada
y el mimado del amor.

Una noche que cruzando
por bosques de lirios bellos,
gozábase contemplando
el astro, cuyos destellos
iban sus pasos guiando;

Vió un antiguo torreon
de alto y espeso bastion,
y en mármol brillante y puro,
junto al adarve del muro
el mote de un infanzon.

Y trova dulce al cantar
el Trovador caballero,
ágrio dejóse escuchar
el chirrido que al volar
lanza el pájaro agorero.

Y entre el pardo artesonado
del torreon almenado,
en paramentada ogiva
miró el rostro nacarado
de la rica fembra altiva.

Y un suspiro se escuchó
que el eco fiel repitió,
y por el pecho del muro
cordel tegido y seguro,
rastrero se deslizó.

Y su destreza probando
el alto muro escalando,
con el afan de su anhelo
fuese el amante elevando
muchas varas sobre el suelo.

MCD 2022-L5

Mas cruje el sostenedor
de la cuerda mal sujeta,
se oye un ¡ay! desgarrador,
y el valiente Trovador...
plum: se hace añicos la jeta.

. . . . . .

. . . . . .

A la mañana siguiente
de tan infausta aventura,
para almorzar, mi patrona
me dió huevos y merluza.

—Bueno, dijo, veamos estas otras.

EPÍGRAMA.

Con el «no me importa» en ristre
la vieja y rica doña Ana,
busca por tarde y mañana
quien sus bienes administre.

MCD 2022-L5

Para este objeto codicia
un muchacho bien formado,
guapo, alegre y... reservado.
La cosa no trae malicia.

MAS SOBRE AQUELLO.

Trascurrió un mes, y otro mes,
y otro, y otro, y cuatro suman,
pero al quinto comenzaron
de firme las apreturas.

Dice tu tia que tengas
conmigo mucho cuidado;
despues de muerto el borrico,
claro es, la cebada al rabo.

Pues, señor, *era de noche*
y sin embargo llovia,
y tú, cuando te lo dije
te me tumbaste de risa.

MCD 2022-L5

Soñar con la Exposicion
mas de tres noches te oí;
por la Exposicion maldita
te me marchaste á París.

Una noche, por la playa
de Alicante nos marchamos,
y á la orillita del mar
juntitos nos embarcamos.

Ni tu madre, con ser madre,
ni tu tia, con ser tia,
me pueden quitar á mí,
lo que me diste algun dia.

Clara, me ha dicho mi madre
que pasó la noche en claro,
¡si á cambiar llega una letra
vaya un ovillo que armamos!

—¿Sabes que me gustan mucho esos versos? dijo Luisa apoyándose en el hombro de Adolfo.
—¡Luisa! exclamó éste, ¿estabas ahí?
—Sí, hace ya rato.
—¡Hace ya rato! ¿y por qué no me has hablado?...
—Porque temia molestarte.

—¿Tú molestarme? ¡ángel mio!

—Luego, añadió ésta, ¿cómo te enfadaste con mamá?...

—Ya sabes, Luisa, que tengo un carácter muy vivo; al principio suelo irritarme, pero á los dos minutos...

—Estalla la mina, dijo Luisa terminando la oracion.

—¡Oh! ya sabes tú que no, sin embargo de que ahora no me faltan motivos.

—¿No? ¿pues qué te sucede?...

—Luisa, he notado de unos dias á esta parte un no sé qué en tu madre...

—Te equivocas, Adolfo, se apresuró á decir Luisa un tanto turbada.

—Mas vale así, añadió éste.

—Mamá te quiere mucho, siguió Luisa, y no sé de dónde sacas...

—Dime, preguntó aquel con marcada intencion, tu mamá ¿no te ha hablado alguna vez de tu primo Rodrigo?...

—Sí, como me habla de toda la familia.

—¿Y nada mas?

La mirada de Adolfo se clavó en los ojos de su amada, que permaneció muda.

—Bien, dijo éste, y preparóse para salir.

—¡Por Dios! Adolfo mio, exclamó Luisa, no te marches, yo no tengo culpa alguna.

—Lo sé, dijo aquel.

—Pues entonces, ingrato, ¿por qué te separas de mí con ese gesto?

Y Luisa miró á Adolfo con la mirada de que se vale una mujer para rendir á un ejército.

El poeta bajó la vista, meditó un instante, y cual arrastrado por una fuerza superior, depositó un beso

MCD 2022-L5

ardiente en los lábios de su amada, y dirigióse á la calle, despues de haber dicho á Luisa con el tono de profeta:

—Ello dirá.

Luisa le vió marchar. Despues se encogió de hombros, y se dijo parodiando á los héroes de 1808:

—Con Adolfo todo, sin Adolfo nada.

MCD 2022-L5

VI.

Tres nuevos personajes.

Dejemos á Adolfo correr por esas calles de Dios, á Luisa pensar en su amante, al capitan y á su esposa terminar la lectura de la carta, y echemos un párrafo, querido lector.

Supongo que sabrás, porque te creo buen cristiano, que el octavo mandamiento de la ley de Dios previene no mentir. ¿Tú has visto gente mas embustera que los novelistas?... Sospecho que no, esto es, juzgando del corazon humano por el mio. Con respecto á mí, te aseguro ingénuamente que me está ya remordiendo la conciencia, y que francamente me dan deseos de no mentir mas; pero como entonces tendria que dejar mi cuento sin concluir, y esto seria una falta de urbanidad que jamás me perdonarias por aquello de la *monserga*, héte aquí que me veo mas confuso que un deudor con vergüenza, entre dos ingleses.

No, la verdad es, que despues de haber encajado tanta y tanta *bola*, no sé, á fe de quien soy, qué demonios voy á hacer con los personajes.

Al fin y al cabo son cinco bocas, y cinco bocas en los tiempos que corremos, me parecen una carga harto pesada.

Vamos á ver, lector amigo: ¿te parece que los mate,

que los destierre, que los mande á presidio, ó que los haga poderosos y felices?

Nada, nada, dime sin rodeos lo que mas te gusta...

¿Sí?... ¡magnífico! serás obedecido: adelante, pues, y tú verás qué cisco se arma.

Dejamos, si no me equivoco, al capitan y á su esposa leyendo una carta, en la cual se les notificaba que á las pocas horas de haber oscurecido, y en el mismo instante de dar el reloj doce campanadas, seria la media noche en punto.

Asombrados estaban los cónyuges por semejante noticia, cuando agitóse la campanilla de la puerta exterior, y una voz aguardentosa preguntó:

—¿Está D. Adolfo?...

—Poco tardará en venir, contestó Luisa; si usted gusta pasar...

—Paso, pues, contestó el nuevo personaje.

Era éste uno de esos tipos mal encarados que nos pinta con frecuencia Fernandez y Gonzalez.

Un papel que guardaba cuidadosamente doblado en la mano izquierda, nos dió á comprender á la simple vista, que aquel hombre guardaba en la mano izquierda un papel cuidadosamente doblado.

Luisa lo condujo á la habitacion de Adolfo.

—Sírvase usted sentarse, le dijo: Adolfo llegará en breve.

Y salió de la habitacion.

El hombre obedeció la indicacion de Luisa, sacó un habano y se puso á tararear las habas verdes, con la mas cómica gravedad.

Poco tiempo despues, Adolfo se hallaba de regreso.

—¿Qué desea usted de mí? preguntó al desconocido apenas hubo llegado.

MCD 2022-L5

—Caballero, dijo éste, ¿usted es periodista?

—Para lo que usted se digne ordenarme.

—En ese caso, no me cabe duda de que es usted el que ha escrito un suelto sobre una modista de la calle del Cármen.

—Precisamente, caballero, yo soy.

—Siendo así, va usted á retractarse en el acto de cuanto en el suelto ha dicho, ó de lo contrario tendrá que optar por lo que en este papel se le indica.

—Yo no me retracto jamás de lo que escribo, señor mio, dijo Julio un tanto alterado.

—¿No?... pues entonces puede usted enterarse de lo que este papel dice.

Adolfo leyó rápidamente.

—Está bien, dijo así que hubo terminado: acepto.

Y condujo al feo hasta la escalera.

—¿Qué te ha dicho ese hombre? preguntó Luisa á su amante, haciéndose con él la encontradiza.

—Nada, hija.

—¿Pues por qué te hallo tan inmutado?

—¡Yo! esas son aprensiones tuyas, contestó Adolfo, tratando de disimular su agitacion.

Luisa no insistió en sus preguntas.

Aquella tarde, durante la comida, el capitan participó á Adolfo que el padre de éste le habia escrito.

—¿Sí? se apresuró á preguntar el poeta, ¿y qué dice?

—Mucho en pocas palabras, contestó el veterano: figúrense ustedes que sin darme siquiera el ¿quién vive! me hace á boca de jarro una descarga cerrada.

—El diablo que comprenda á usted, capitan, añadió Julio, que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.

—Pues es muy sencillo, se apresuró á decir doña

Restituta; el padre de Adolfo pide para éste la mano de nuestra niña.

Luisa, al escuchar las palabras de su madre, se puso encendida como un ascua.

Adolfo, por el contrario, presa de una marcada turbacion, quedóse pálido y frio como un cadáver.

—¡Bravo! exclamó Julio al escuchar á doña Restituta; ¿y qué dice á esto nuestro capitan?

—¿Qué he de decir? ¡cáspita! que sienten plaza cuanto antes en el ejército de San Marcos; así como así, mi hija tiene ya mas de veinte años, y yo sé que á esa edad ya las mujeres...

—¿Quieres callarte, hablador?... gritó doña Restituta.

—No, y mil veces no: decia que á esa edad las mujeres son ya fruta madura, y no es cuestion de dejarlas pasarse.

—Pues que sea enhorabuena, dijo Julio á Luisa, dándola un apreton de manos.

—Gracias, se atrevió á pronunciar apenas ésta.

—Pero ¿qué demonios tiene esta tarde mi futuro yerno? preguntó Cienfuegos al notar la palidez de Adolfo.

—¡Oh! nada, sino que escucho á ustedes con regocijo.

—En ese caso, continuó aquel, propongo lo siguiente: puesto que esta mañana, gracias á mi mujer, que es la mas bachillera de las del orbe, no hemos podido escuchar mas que unos toques de atencion del libro de Adolfo, bueno seria que nos distrajera media hora al menos dándonos á conocer el resto.

—Con mucho gusto accederia á lo que se me pide, contestó éste, si una ocupacion de la que no puedo prescindir, no reclamara mi presencia en este instante.

MCD 2022-L5

Sin embargo, puesto que Julio queda en casa, él sabrá complacer los deseos de ustedes. Y abandonó la mesa.

—¿Te marchas? preguntó Luisa á Adolfo.

—Sí, es necesario.

—¿No quieres que te acompañe? añadió Julio.

—No, quédate: yo regresaré en breve, y entre tanto haz lo que te he indicado; conque, hasta luego.

El capitan comprendió que Adolfo no estaba muy tranquilo, y que no era él solo el que así pensaba; pero deseoso de distraer á los demás, exclamó fingiendo el mejor humor del mundo:

—¡Por cuatrocientas granadas! vamos á ver, Julio, venga ese libro.

—Corriente; pero á condicion de que no se me ha de interrumpir.

—Concedido.

Julio dió principio á la lectura con

UN HÉROE (1).

Ginete en un bridon con piés de ciervo
por los cerros de Ubeda cruzando,
el campamento del infiel buscando
sin descanso y sin tregua,
Alvar Gonzalo avanza
rasgando el aire con la férrea lanza.
De repente añafiles y atabales

(1) Publicado en la mayor parte de los periódicos de España.

MCD 2022-L5

allá por la espesura
envian al espacio ecos marciales,
y todo anuncia que la infiel morisma
de lucha deseosa,
en órden de combate espera ansiosa
al que llega anhelante,
al campamento infiel lanzando el guante.
Ya están á veinte pasos los contrarios;
ya el caballero grita:
«¡por mi Dios, por mi rey y por mi dama!»
y cuando á pelear se precipita,
rayando su valor en heroismo,
da un tropezon el jaco,
y Alvar Gonzalo se rompió el bautismo.

—¡Calle! exclamó el capitan así que Julio hubo terminado, pues esa composicion está tambien en el prólogo que nos ha leido Adolfo.

—Eso es que entre los poetas está muy en boga el contrabando literario. Continúo, pues.

COSAS TUYAS.

Cuidadito con romper
me dijiste una mañana,
cuidadito con romper
porque aquí el que rompe, paga.

La B sola, segun muchos,
bueno ó buena significa,
ya comprendo por qué dicen
que te has dado á la B vida.

Que te he hecho un cardenal
me dices muy enfadada;
mujer, casi en paz estamos,
porque tú me has hecho un papa.

Delante de siete ú ocho
me has dicho que soy pesado,
ya me estaba yo temiendo
que no sabrias callarlo.

PRINCIPIO Y FIN.

La mujer se parece
todita á un ángel,
cuando el deber cumpliendo
de buena madre,
muestra á su hija
que la instruccion comienza
por la cartilla.

La mujer se parece
todita al diablo
cuando al cumplir las leyes
de su descaro;
ciega no mira
que ese descaro acaba
por la cartilla.

BATURRILLO.

De casa de Don Tomás
salieron nuestros amores,
y poco despues salió
un muchacho dando voces.

Juliana, por Dios te encargo
que me llames tempranito;
mira, si no me despierto
me das cuatro golpecitos.

Dice tu madre, que eres
tan pura como el cristal:
si es así, dile á tu madre
que el sol hablándote está.

MCD 2022-L5

Ayer á voces decias
que suelo meterme en todo;
¡qué necesidad habia
de que lo supieran otros!

No se escuchaba una mosca;
reinaba el mayor silencio;
tú las estrellas mirabas
y yo contemplaba el suelo.

Tu novio va á visitarte;
¡como tu novio supiera
que al ir él hácia tu casa
suelo estar yo ya de vuelta!

—Mi hijo Juanillo en todo me parece;
usted verá si es listo: oye, pichon,
diez y siete mas cuatro, ¿cuántas son?
—¿Diez y siete mas cuatro?... ¡Toma! trece.

Yo no sé cómo te llamas,
mas lo que sí juraria,
es que tu santa no está
con las de la letanía.

Con un candil en la mano
viniste á verme dormir;
y al llegar junto á mi cama,
apagó el diablo el candil.

Jugando yo á la pelota
en la sala de Lucrecia,
díjome que me mataba
como en el espejo diera.

Porque ví hablar á tu novio
con la Pepa, y te lo dije,
dices tú que soy chismoso
y que te fuí con el chisme.

A los melonares, Juana,
te vas toditas las noches;
yo creo que para tí
no han de ser todos melones.

Que estiro mucho la cuerda
sueles decirme muy quedo;
¡que estiro mucho la cuerda!
esa te la atas al dedo.

MCD 2022-L5

Con sonrisa picaresca
dices que soy libertino,
el agua suele estancarse
cuando no le abren camino.

Enun baile me dijiste
que en el bailar no eras diestra,
y en otro baile, ¡caramba!
observé que eras maestra.

—Que me he de casar contigo
lo juro por esta cruz.
—Te veo *de venir*, Pedro.
—¿Me ves? ¡cómo, si no hay luz!

SUEÑOS DE MI AMOR.

A AMALIA.

Cierta mañana de primavera,
cierta mañana
del mes de Abril,
iba gozoso por la ribera

de un arroyuelo, que en su carrera
lanzaba al viento murmullos mil.
Del aura el débil, fugaz suspiro,
las dulces notas del ruiseñor,
las avecillas que en raudo giro
se remontaban,
con sus gorgeos, duo formaban
al arroyuelo murmurador.
Pintados pétalos, de cien colores,
flores y rosas, rosas y flores
en la ribera lucian mil;
mientras volubles las mariposas
iban besando flores y rosas,
rosas y flores por el pensil.
Luchando ansiosa con tu recuerdo
siempre mi alma, ébria de amor,
tu faz veia,
tu voz oia,
por la enramada,
por la corriente pura y plateada
del arroyuelo murmurador.
Mas á la orilla del arroyuelo
miré una dalia de carmesí,
y apoderándome de ella en mi anhelo,
en la corola de aquella dalia

tu faz, Amalia,
pura y celeste grabada ví.
Pero ¡ay! en breve, por mi desdicha
la flor hermosa
vigor tomó,
y en forma viva de mariposa,
fugaz volando de rosa en rosa,
de mis caricias ingrata huyó.
Loco á alcanzarla, ébrio, anhelante
por la ribera
raudo corrí,
y en la esmeralda de una pradera,
de un nardo amante
el grato aroma libar la ví.
Con paso breve fuíme á do estaba,
casi en mi mano ya la miraba,
cuando de pronto y á mi pesar,
una chillona voz de chorlito,
diz...—Señorito,
el chocolate se va á enfriar.

GRAVEDAD.

¿Ves esa flor agostada
por los caprichos del viento?...

Pues si en el mañana piensas
contémplate en ese espejo.

A la luz de una bujía
calculé las amarguras
que debe pasar el hombre
que camina siempre á oscuras.

Lágrimas que por desdenes
vierte la niña amorosa
arroyos son de veneno
que su pureza emponzoñan.

¡Ay de la flor que al rocío
su cáliz pintado abrió!
¡ay de la mujer que un dia
llega á imitar á la flor!

—Así debia ser todo, exclamó doña Restituta.
—Haz el favor de callarte, dijo el capitan. Continúe usted, Julio, añadió dirigiéndose á éste.
Julio obedeció.

EPIGRAMAS.

Don Juan, que es hombre de juicio
gasta mucho y va elegante,
aunque solo es un cesante
sin rentas y sin oficio.
No sé de dónde lo saca,
pero él encuentra oro y mesa,
ó sentado en la butaca
ó tendido en la marquesa.

La hermosa doña Mencía
tiene dos ó tres millones,
y anoche un chusco decia,
que presta, es decir, que fia,
sobre ropas y colchones.

Jugando yo contigo muy ufano,
te pedia premiases mi constancia,
y entonces gritó un ciego, con voz rancia:
—Jugadores, el premio está en la mano.

MCD 2022-L5

¡COSAS DE CHICOS!

UNA PARTIDA DE BILLAR.

En el corto *recodo*
que hace la villa,
esperaba el instante
de tu *salida*.
Y al poco rato,
correr hácia mi sitio
te ví á lo *largo*.

Sacando *efecto* entonces
del *retroceso*,
desandando el camino
salí á tu encuentro.
Y entre los *palos*
despues de *jugar sucio*,
quedé encerrado.

MCD 2022-L5

Pero al ver mi *jugada*,
con mucha sorna
dijiste que yo iba
de *bola á bola*.
Y esta sospecha
me dejó tan *pegado*
como una oblea.

Mas mirando el *efecto*
que me causara,
confesaste que habias
dado una *errada*.
Y con *floreo*,
un *rechazo* sonoro
me diste luego.

Animado yo entonces
por tu *jugada*,
tiré pérdida y *palos*
tomando tablas.
Y sin demora,
con el *mingo* hice *billa*
por *carambola*.

Buscando tú en seguida
fácil desquite,
el *mingo* en la *tronera*
tambien metiste.
Y haciendo esfuerzos,
con afan anhelabas
ganarme el juego.

Tocóme el turno y quise
jugar *doblete*,
pero tu abuelo vino
diciendo pestes.
Y con el *seco*,
te dió un *palo* y á *casa*
mandóte el viejo.

Allí á nuestra *partida*
triste fin dimos,
sin que en ella ninguno
fuese vencido.
Mas cuando quieras,
otro *juego* echaremos
con mas cautela.

MCD 2022-E5

MÍRALE Á LA CARA.

Mientras pugnaba un gabacho
por ordeñar á una mona,
acertó á pasar un chusco
hijo natural de Ronda.
Al principio, el andaluz
abrió una tercia de boca,
mas, pasada la sorpresa
preguntó al francés con sorna:
—Oígazte, hermano, ¿da mucha?...
Y suspendiendo su obra
el francés, dijo poniendo
frente al andaluz, la mona:
—Mírele usted á la cara
y hallará respuesta pronta.
. . . . . .
. . . . . .
La cara anuncia, dicen por ahí,
lo que cada viviente da de sí.

—Tiene razon, exclamó el capitan, no hay mas que mirar la de mi mujer para convencerse de que...

—Marido, que no trates de acalorarme, dijo doña Restituta.

MCD 2022-L5

—Papa, ¡por Dios! deje usted leer á Julio.
—Corriente, añadió el capitan, ya no chisto.
Julio continuó leyendo.

CUATRO VERDADES.

Que es tu casa el paraiso
á voces tu madre dice,
algo de cierto hay en ello
porque la serpiente existe.

Ví relucir una noche
dos ojos en tu ventana,
y al decir—¿eres tú, hermosa?
—¡*miau*! me contestó tu gata.

—Luis, ¿qué será mas ligero
que ese tren de mercancías?...
—Creo que diez y seis onzas
que pesan solo una libra.

Si en este mundo maldito
no hubiera hombres ni mujeres,
no habria tampoco suegras,
ni patronas, ni parientes.

—Ni Restitutas, murmuró entre dientes el capitan.
Julio siguió leyendo.

MCD 2022-L5

¿VE USTED? (1).

—¿Ve Vd. cómo refleja en la laguna
el riél esplendente de la luna
que segun dice un sábio, está en creciente
y así tambien yo creo?...
—Sí, señor, sí lo veo.
—¿De veras lo ve Vd?...—Perfectamente.

—¿Ve Vd. cómo al rocío, su corola
ábren la sensitiva, y la amapola,
y el nardo, y el clavel, y el lirio amante?
¿Lo ve Vd.?—¡Ya lo creo!
Sí señor, sí lo veo.
—¿Ha dicho Vd. que sí?..—Que sí.—Adelante.

—¿Ve Vd. cómo despide aquella estrella
rayos mil?—Sí, señor.—¿Aquella?—Aquella.
—¿La ve Vd. bien? ..dispense Vd. que insista.
¡Caramba, y qué capricho!
Que sí, señor, le he dicho.
—Pues... que Dios le conserve á Vd. la vista.

(1) Publicada en la mayor parte de los periódicos de Madrid, provincias y América.

OTRA HORNADA.

Por Dios, no te acerques tanto,
por Dios, no me digas eso;
pero, diablillo, ¿no miras
que soy de carne y de hueso?

Porque empieza á llover, dices
que me vaya retirando,
no pases penas por eso
que llueve sobre mojado.

Dí de mí cuanto te plazca;
pero has de saber, hermosa,
que las piedras que me tiras
van á tu tejado todas.

Anoche en *cursi* dijiste,
que suelo *meter la pata,*
jamás creia que en cosa
tan pequeña repararas.

MCD 2022-L5

Para hacerte una quintilla
te pedi el pié, Trinidad;
y entonces con inocencia
dijiste: ¿No quieres mas?

Que voy poniéndote faltas
por todo el pueblo pregonas,
váyase esto por el tiempo
que fuí poniéndote sobras.

Me han dicho que tu marido
engorda que es una dicha;
lo que procura engordar
de cuando en cuando, es la vista.

UNO DE TANTOS.

SEMI-CUENTO, SEMI-FÁBULA.

Allá en la guerra llamada
de la Independencia, un dia
entró un francés estraviado
de Aragon en una villa.
No bien los hijos del pueblo

recibieron la noticia,
cuando armados de garrotes
y empujados por la ira,
fueron del francés en busca
volando de esquina á esquina,
y creo inútil deciros
que se ganó una paliza
morrocotuda, soberbia,
imponderable, magnífica.
Mas no contentos con esto
los vecinos de la villa,
trataron de dar un baño
al gabacho en agua fria,
y aplicando el hecho al dicho
lo arrojaron de patitas
á un profundísimo pozo
de esas aguas no muy limpias.
—*Ah, mon Dieu! mon Dieu!* exclamó
el francés en la agonía,
sacadme pronto del pozo
y os perdono la vida.

Del francés en la misma situacion
he visto á mas de dos y á mas de tres,
que ayuda al implorar, como el francés,
lo hacen siempre vendiendo proteccion.

—Es verdad, dijo el capitan; en la accion de Beteta cayó prisionero un faccioso, y cuando lo íbamos á fusilar, ¿qué les parece á ustedes que nos propuso?...

—Que no tuviérais larga la lengua para molestar á los demás, contestó doña Restituta.

El capitan se la quedó mirando unos instantes, mientras Julio se sonreia temiendo una escena mas jocosa.

—Continúe usted, Julio, dijo por fin el señor Cienfuegos, sin dignarse replicar á las palabras de su esposa; á estas mujeres no hay mas que dejarlas.

—Sí, sí, voy á continuar, añadió Julio vivamente, por evitar un choque.

SERENATA.

Á JULIA.

Antes que el alba sus resplandores
nítidos vierta,
y en cien gorgeos los ruiseñores
den el alerta;

Abre, niña, las hojas
de tu ventana,
que impaciente en la calle
tu amor aguarda.
Abre ¡mi vida!
antes que en el Oriente
despunte el dia.

MCD 2022-L5

Dáme una dulce mirada sola
de esos ojuelos,
que al eco triste de mi bandola
prestan consuelos.

Nunca, niña, á Cupido
cierres las puertas,
que es niño á quien anima
la resistencia.
Y ante el desprecio,
sus pequeños caprichos
torna en deseos.

Al marco angosto de tu ventana,
sal ¡mi señora!...
que en el silencio de la mañana
mi voz lo implora.

¡Sal, niña de mis ojos!
sal ¡mi delicia!
ahora que durmiendo
se halla tu tia.
Sal, mi consuelo,
y verás cuando salgas
cómo me elevo.

MCD 2022-L5

¡Angel celeste de mis amores!
¡prenda adorada!
mira que anuncian los ruiseñores
ya la alborada.

¡Sal pronto, mi tesoro!
¡sal, y no tardes!
¡sal, ángel de mis sueños!
¡sal al instante!
Mas... ¿qué contestas?
¡que no te da la gana!
pues adios... fea.

MISCELÁNEA.

Por mas que le dé mil vueltas,
ninguno á explicarse alcanza
si será la nada el todo,
ó será el todo la nada.

¡Llora la niña, llora la niña
por ilusiones que huir miró!
¡Llora la niña, llora la niña!
¿Quién, cual la niña, no las lloró?...

MCD 2022-L5

Desde el nacer al morir
se va por estrecha tabla,
el que pasa, siempre muere,
y no vive el que no pasa.

—¿Sabes el Padre nuestro, Bienvenida?...
—¿Que si lo sé? ¡me gusta la salida!
—¿Lo sabes bien?...—Sí, hombre, sí, por qué?
—Por nada: porque yo tambien lo sé.

Para hacerte un buen vestido
le pides á Bruno tela;
dí que te dé veinte varas
que en tu cuerpo ¡tela entra!

Julia, que es un serafin,
dijo ayer en su balcon
que el que ha de hacerla tilin,
no le disgusta con din,
pero le gusta con Don.

LOS AÑOS DE LA NIÑEZ.

TÚ Y YO.

Yo era rapaz, tu rapaza,
yo monaguillo truhan,
é hija tú del sacristan
á quien llamaban... Cachaza.

Cual chicos, se reducia
nuestro gusto estrafalario
á subir al campanario
por la noche y por el dia.

Y nuestra sola ambicion
era ¡muchachos al fin!
tocar el dinguilindín
ó sea el dinguilindón.

Mas por tocar y tocar,
un dia, de madrugada,
dimos una campanada
que asustó á todo el lugar.

Allí se acabó el recreo;
pues tu padre con encono,
por tal salida de tono
prohibió el repiqueteo.

Ante tamaña chochez,
no volví yo á repicar.
¡Qué dulce es el recordar
los años de la niñez!

AMEN

—

¿Por qué el cielo de azul está pintado?
¿por qué esa claridad despide el dia?
¿por qué en trinos da campo á su alegría
el ruiseñor, sobre el rosal posado?
¿por qué al correr con afanoso anhelo
murmura con placer el arroyuelo,
y el aura juguetona,
su veleidad pregona
en eco dulce que se eleva al cielo?...
¿por qué la mariposa

vuela ó vaga feliz de rosa en rosa?...
Tanto placer, tan múltiple contento
misterio han de creerlo mas de ciento;
pero tengan presente
que si el cielo de azul se halla hoy pintado,
si claro resplandor despide el dia,
si trova el ruiseñor con alegría,
si con placer murmura el arroyuelo,
si ecos dulces el aura envia al cielo,
si vuela la pintada mariposa
solícita y feliz de rosa en rosa;
debe ser, aunque en pruebas no me fundo,
porque una suegra menos cuente el mundo.

—No, lo que es eso, francamente, dijo doña Restituta, no debia ponerlo: al fin y al cabo, yo voy á ser su suegra, y...

—Pero, mamá, añadió Luisa, ¡si no se refiere á tí!

—Claro es, señora, pronunció Julio: los poetas hablan de lo primero que se les ocurre, pero sin tratar de herir.

—Eso, dijo el capitan, es lo mismo que un simulacro donde se tira con pólvora sola.

—Ea, pues á fe de Restituta que no lo há de poner.

—Mira, mujer de Barrabás: si no te callas, te paso por baquetas, lo mismo que tres y dos son cinco.

—Inténtalo si te atreves, exclamó aquella encolerizada.

—Vas á verlo, añadió el capitan abandonando su asiento.

Pero dejemos á los eternos contrincantes en su acalorada cuestion, y dirijámonos á la casa número 60 de la Puerta del Sol, en uno de cuyos elegantes salones sostienen dos hombres el siguiente diálogo:

—Conque, segun eso, ¿tú estás decidido?

—Hasta el empeño.

—Medítalo bien ante todo; estas cosas son mas sérias de lo que en un principio parecen.

—¡Ah! no tema usted, don Luis, antes que sufrir la humillacion que de mí se exige, sabria morir cien veces.

—Entonces, cuenta conmigo: te conozco demasiado, y sé que seria inútil tratar de disuadirte. Adelante, pues, y veamos la manera de alcanzar algunas ventajas sobre el contrario.

El que así se explicaba era un hombre de tostada piel, mirada franca, noble presencia y unos cuarenta años de edad.

—Díme, preguntó éste: ¿es certera tu puntería?

—Rara vez.

—¿Es seguro tu pulso?

—No tengo mucha confianza.

—Malo, exclamó el que conocemos con el nombre de don Luis: echemos por otra senda; supongo que esgrimirás bien un sable.

—Sé por lo menos parar los golpes que se me puedan dirigir.

—Bravo; ahora es necesario que ejercites el brazo algunas horas; lo restante queda á mi cargo. Venga en buenhora el padrino de tu adversario, que yo te prometo que ha de encontrarme tan dispuesto como á tí.

MCD 2022-L5

Por lo demás, el duelo podrá llevarse á efecto mañana á las once. Estas cuentas deben solventarse pronto. En cuanto al sitio, ninguno mejor que la quinta que poseo en las afueras de la puerta de Alcalá.

Ve, pues, tranquilo, y arregla todos tus asuntos de la manera que mejor te acomode.

—¿Es decir, que no debo cuidarme ya de nada? dijo el segundo de nuestros personajes.

—De nada, contestó don Luis.

—En ese caso, me retiro, añadió aquel.

Y aplicando el hecho al dicho, salió de la casa, dirigiéndose á otra de la calle de Alcalá.

—¡Ola, Félix! exclamó así que hubo penetrado en una habitacion del piso principal: precisamente venia en tu busca.

—Gran dicha és para mí, repuso aquel, que apenas contaria mas edad de la del recien llegado. ¿Y á qué debo esta satisfaccion, si es que saberse puede?

—A uno de esos placeres que proporciona de cuando en cuando mi profesion. Sí, Félix: mañana á las once me bato.

—¿No me engañas? exclamó Félix sorprendido.

—Jamás me he permitido usar con ningun amigo de una broma tan pesada como pudiera ser esta.

—En ese caso, dispon de mí como mejor te plazca.

—A eso vengo.

—Habla, pues.

—Félix, la comision de que voy á encargarte, no es muy aceptable que digamos: pero sé que me profesas una sincera amistad, y héteme aquí abusando de ella. Tú no ignoras que amo á una mujer, que quiero á Julio como á un hermano, que habito en compañía de ámbos, y que hasta hoy, ni la mas ligera nube ha ve-

nido á turbar la dicha de que disfrutamos. Esto me ha detenido al querer notificar á Julio la situacion en que hoy me encuentro, y prefiero suplicar su perdon al participarle el resultado de lo que suceda mañana. Ahora bien; si, como creo, juzgando por la ira de mi adversario, el duelo fuese á muerte, lo mas natural es que uno de los dos deje de existir. Pongámonos en el caso de que ese tenga que ser yo, y siendo así, tú, que eres un buen amigo mio, quedas encargado de entregar esta carta á Julio.

—Pero, hombre, no creo... dijo Félix tratando de disuadir á su amigo.

—Nada de peros, añadió éste; ¿quieres complacerme ó no?... contesta.

—Yo estoy siempre dispuesto á complacerte.

—Siendo así, hazte cargo de esta carta, y fíjate bien en lo que á decirte voy. Si quedo vencedor en el duelo, antes de marcar el reloj el mediodia en punto, habré yo venido á recogerla; si, por el contrario, escuchases las doce y yo no estuviese á tu lado, lleva inmediatamente esa carta á su destino. ¿Aceptas?...

—Yo no puedo negarte nada.

—En ese caso, dáme un abrazo por si es el último, y permíteme que vaya á ocuparme de otros asuntos que necesito arreglar todavía.

—Ve con Dios, dijo Félix abrazando enternecido á su amigo; y yo te juro, Adolfo, que cumpliré tu encargo fielmente.

Inútil es decir quién era el personaje que habia de batirse al siguiente dia.

Pero volvamos á la casa calle del Leon, en la cual dejamos á Julio leyendo las poesías de su amigo, á Luisa escuchándolas con orgullo, y al capitan y

á su esposa dirigiéndose sus habituales piropos.

—Vamos á ver, ¡caracoles! exclamó Julio intentando dar otro giro á la cuestion de los consortes; si no callan ustedes, prometo no leer una línea mas.

—Tiene razon Julio, dijo Luisa: ¡cállense ustedes, papás!

—Ea, pues, ¡firmes! añadió el capitan con voz de mando; puede usted seguir leyendo, Julio.

—Sigo, y que no se repita esta escena.

UN RETAZO.

Participando un paleto
en una epístola extensa,
noticias del pueblo todo
á un pariente de otras tierras,
decíale lo que sigue
entre mil cosas diversas:
«Sabrás como á la Jacinta
se le ha abierto la sesera.
La burra de la tia Rosa
por fin se ha quedado tuerta.
La mujer de Gumersindo
debe parir por la fiesta;
él dice que no tan pronto,

yo que sí, y que sí ella;
pero él lo duda, y tenemos
apostada una merienda.
Ayer el hijo del Rano
le metió á la tabernera
un duro falso, y se ignora
en qué parará la gresca.
El hijo del boticario
que en Madrid puso una tienda
y que segun se ha sabido
tiene ya muchas talegas,
va á hacerse aquí un *orificio*
para vivir cuando venga.
A la Juana, se le ha roto
una *pata* en una cuesta.
Anoche *er* señor *arcarde*
se encontró muerto en su puerta
á un hombre, que por el habla
vió que del pueblo no era.
Juanillo ha tenido ogaño
mañifica la cosecha,
pues ha cogido cebada
pa to el pueblo, y más que vengan.
Y *pa* rematar, Toribio,
las yeguas están tan buenas;

anoche parió la chica
una famosa muleta,
conque... ¡ya ves tú si puedo
estar alegre á la fecha!...»

SOBREVINO...

Borracho como una cuba
Juan de una tasca salia,
y dió con su cuerpo en tierra
al revolver de una esquina.
Mas acercándose listo
un perro que le seguia,
comenzó á lamerle el rostro
haciéndole mil caricias,
y creyendo Juan, que estaba
en alguna barbería,
estiró una tercia el cuello,
abrióse bien la camisa
y dijo:—¡Maestro! á ver
si me deja usted patillas.

MCD 2022-L5

—¡Qué tal estaria el buen hombre! exclamó doña Restituta.

—¡Toma, toma!... añadió el capitan; en cierta ocasion, fuí yo á buscar quintos á Zaragoza, y al pasar por la Almunia...

—Sí, dijo mal humorada doña Restituta, se emborrachó el corneta que llevabas y se degolló á fuerza de darse mordiscos en el cuello.

—Eso es.

—Vamos, cállense ustedes por los clavos de Cristo que voy á continuar, dijo Julio.

Aquellos obedecieron.

Este siguió leyendo.

CORTEDAD.

Por mi maldita fortuna
te conocí una mañana
asomada á tu ventana,
y entonces dije... á la una.

Yendo de tu garbo en pos
una tarde que no miento,
te fijaste en mí un momento,
y entonces dije... á las dos.

MCD 2022-L5

De esto algun tiempo despues,
siendo ya entrada la noche,
viajábamos en un coche,
y entonces dije... á las tres.
. . . . . .
. . . . . .
Tal cual escrito aquí ves
creí acabada mi cuenta,
mas temiendo una tormenta
y de ello testigo es Dios,
detrás de una, y de dos,
y de tres, fueron cuarenta.

A MI MORENA.

Seguidillas cantadas en alta mar por un pescador... de gangas.

Al mirar el *balance*
de mi morena,
de mi *ligero barco*
se *hinchan las velas*,
Y á sus miradas
temo que se me inflame
la *Santa Bárbara*.

MCD 2022-L5

Contemplando su hermosa
mano de armiño
hago rumbo al costado,
recojo *el pito,*
Y *largo velas,*
por no *perder las anclas*
ni arriar bandera.

Cuando desde la playa
dulce sonrie,
¡ay, Vírgen de Begoña!
me voy á pique,
Que al ver sus labios
risueños, siempre *hace agua*
mi pobre *barco.*

Si por algun *celaje*
se me *embarranca,*
mas le temo á sus ojos
que á una *andanada,*
Pues si me miran
me parecen las *bocas*
de dos *colisas.*

MCD 2022-L5

Pero si un cariñito
gachon me hace,
y me apresa en *sus remos;*
al *abordaje*
Ciego me lanzo,
sin aguardar el toque
de *zafarrancho.*

De su garganta, un *mástil*
hacer quisiera,
de sus poblados *rizos*
formar *las vergas,*
Y de su pecho
el casco del falucho
donde *navego.*

¡*Faro* do mi esperanza
su puerto mira,
estrella que en la noche
mi *barco* guia!
Vente á mi lado,
aun cuando *naufraguemos*
tú, yo, y el *barco.*

MCD 2022-L5

Guiñame esos ojuelos
de *gaviota*,
mírame con cariño,
que nada importa
que tus miradas
con su fuego me inflamen
la *Santa Bárbara*.

NUEVE CANTARES.

El segundo no jurar,
el cuarto honrar padre y madre,
sigue saltando, y apunta,
que aquí principia lo grave.

Porque tenias calor
hácia el jardin te saqué,
y al poco rato decias:
¡ya estamos frescos, Ginés!

Por la reja solamente
hablar tu tia nos deja:
¡bueno es que ignore tu tia
que para el amor no hay rejas!

Ella que semi-queria,
no balcon que está muy bajo,
yo, que soy un buen gimnasta...
vaya usted atando cabos.

El dia de tu cumpleaños
te obsequié con mil festejos,
por eso ahora me dices
qué buena fiesta te he hecho.

Te ví bordar en relieve,
te ví rezar muy devota,
te ví despues paseando,
¡te he visto hacer tantas cosas!

Una noche nos marchamos
á la fiesta de San Blas,
y al otro dia exclamabas:
¡nos hemos lucido, Juan!

Debajo de tu balcon
ya sabes que está la reja,
casi me rompí la crisma
cuando bajaba por ella.

MCD 2022-L5

¿Y qué quieres que yo le haga
si ya no tiene remedio?
Mujer, resígnate á todo
y á lo hecho, claro está, pecho.

FALTAS Y SOBRAS.

SONETO.

Tienes rubia y sedosa cabellera,
tienes los ojos cual la noche oscura,
blanquísima y brillante dentadura,
y mirada á la par dulce y sincera.
Tienes, como el clavel la primavera
labios rojos, que encierran la ventura,
y tan sutil y erguida la cintura
que al tallo de una flor enojos diera.
Tienes el pié pequeño y bien formado,
tienes el cuello esbelto y torneado,
tienes coches, palacios y doblones,
tienes finca que vale diez millones,
tienes, en fin, riqueza y gran figura.
Lo que no tienes, Lola, es compostura.

MCD 2022-L5

EPÍGRAMA.

Cosiendo estaba Maruja
delante de Juan Ovílo,
y por ser muy recio el hilo
no pudo enhebrar la aguja.
Juan entonces se brindó
á enhebrársela al instante,
y aunque trabajó bastante,
al cabo se la enhebró.

¡¡¡MI BLANCA!!! (1)

La ví por vez primera
del Ebro caudaloso en la ribera,
exhalando quejidos lastimeros:
triste y abandonada
tendiendo la mirada
al cerro, á la llanura,
al prado, á la espesura,
al valle, á la colina,

(1) Publicada en varios periódicos de España.

MCD 2022-L5

del rio á la corriente cristalina,
y al verla de este modo ó de esta suerte,
salí á su encuentro,
por si del Ebro en el profundo centro
queria hallar la muerte.
Al verme, echó á correr, corrí tras ella,
llegué á alcanzarla, la llamé quedito,
la eché pan, meneó su cola bella,
y trás de mí se vino; ¡¡¡animalito!!!

INOCENTADAS.

Como estás tan elevada,
no puedes, niña, mirar
las fatiguillas que paso
cuando no te puedo hablar.

Que no te olvides, mi vida,
de decir al confesor
la herida que me has causado
en mitad del corazon.

Ayer dijiste que hoy,
y hoy me dices que mañana;
¿crees acaso que el deseo
se cura con esperanzas?

¡Qué noches, Juana, qué noches!
¡qué dias, Juana, qué dias!
chica, cuando los recuerdo
aun me retoza la risa.

¡Dicen que me has olvidado!
lo que les plazca dirán,
pero yo estoy muy seguro
de que no me has de olvidar.

Cuando tus ojos me miran
yo no sé lo que me pasa;
niña, si me quieres vivo
no me eches esas miradas.

Todo aquel que no se arriesga,
no llega á pasar la mar:
audaces fortuna juvat
conque ya me entenderás.

Que estás enferma de amor
por el pueblo se murmura,
no importa, esa enfermedad
suele tener siempre *cura*.

MCD 2022-L5

Dije que es sutil tu talle,
que tu cara es celestial,
que redondita es tu mano,
y aun pudiera decir mas.

ANALOGIA.

La mujer y la rosa
si bien se miran,
guardan bastantes puntos
de analogía.
Aunque es sabido
que una es solo hojas sueltas
y otra es un libro.

Por defenderse aquella
de los desmanes,
armas, sobre su *tallo*
muestra punzantes.
Y de igual suerte,
ésta en su *talle* ostenta
cien alfileres.

MCD 2022-L5

Mas como son tan bellas
mujer y rosa,
sin temor á punzarse
muchos las roban.
Y sé de uno,
á quien varios pinchazos
costó este abuso.

—Tiene razon, dijo el capitan; recuerdo yo cierta vez que habia en casa una criada muy bonita, y al ir yo...

—¿A hacer qué?... exclamó doña Restituta, arrojándose sobre su esposo.

—Al ir yo, continuó el capitan, por el pasillo que conducia á mi habitacion, tropecé con ella y me dió, en un abrir y cerrar de ojos, el gran bayonetazo con un alfiler.

—¿En dónde te le dió?

—En un pasillo, contestó aquel.

—Bien, pero... ¿cómo? ¿de qué modo?...

—¡Por un ejército de demonios! exclamó el señor Cienfuegos un tanto turbado; ¿qué sé yo? ¡si fué en un abrir y cerrar de ojos!

—¡Conque abriendo y cerrando los ojos!... ¡no, bien abiertos los llevarias! ¡lo que es tú, en viendo una mujer!...

—Mira, Restituta, ya te he dicho que no quiero tocar á degüello; conque cállate si quieres, y no olvides la consigna. Siga usted, Julio.

MCD 2022-L5

Julio contuvo una carcajada próxima á estallar, y prosiguió:

TIEMPO PASADO.

Porque un nido te cogiera
á ir me obligaste contigo,
y así que al bosque llegamos
tuve que cogerte el nido.

Te pregunté... no sé qué,
y dijiste muy ligera
que la respuesta tenias
en la punta de la lengua.

Mira lo que son las cosas,
te estaba diciendo ayer;
y tú, no sé qué entendiste,
que exclamaste al punto:—¿A ver?...

Nació amor en nuestros pechos,
nació confianza mútua,
nació mas tarde deseo
y nació despues... ventura.

MCD 2022-L5

TAL PARA CUAL (1).

CUENTO.

En un presidio de España
con una cadena unieron,
á un viejo de larga greña
y á un mozo de pelo en pecho:
despues de haberse contado
sus aventuras y hechos
con la franqueza que gasta
esta clase de gemelos:
—¿De dónde eres? el mas jóven
preguntó á su compañero.
—¿De dónde? de Riolago:
¿y tú?—¿Yo? de Rioseco.
—¡Compadre! dijo bajando
la voz cuanto pudo el viejo:
¡los dos de rio! ¡qué par
de truchas estamos hechos!!!

(1) Publicada en varios periódicos de Madrid y provincias.

MCD 2022-L5

EPÍGRAMA.

Murió sin testar Omár,
y como Omár era un santo,
deshecho en amargo llanto
quiso en el cielo testar.
Por ver cumplido su anhelo,
buscó un escribano, ufano,
pero ni un solo escribano
pudo encontrar en el cielo.

EL PAN NUESTRO.

OID, MUCHACHAS.
¿Veis cual tras de la cierva
marcha el alano?...
¿Veis cual tras de la liebre
lánzase el galgo?...
Pues lo mismito
corren los españoles
tras de un destino.

OID, MUCHACHOS.

¿Veis cual tras del palomo
marcha el milano?...
¿Veis cual tras del alpiste
vuela el canario?...
Pues lo mismito
vuelan hoy las solteras
tras de un marido.

—Eso le pasaba á mi mujer antes de casarme con ella, murmuró entre dientes el capitan.

—¿Qué has dicho?... preguntó ésta.

—Nada, contestó aquel: decia á Julio que prosiguiera.

—Allá voy, añadió éste temiendo otra tragedia.

SILENCIO ELOCUENTE.

Tú bajabas, yo subia,
me miraste, te miré;
al buen callar llaman Sancho,
semos frigilis, y... pues.

¡Qué noche aquella, Dolores!
¡Cuál silbaba el huracan!
y nosotros entretanto...
en fin, mas vale callar.

MCD 2022-L5

Me diste un dia una broma,
me diste una tarde un chasco,
luego una noche, me diste...
¿que callè, dices?... Pues callo.

¡Qué dias, Irene, aquellos!
¡qué noches, Irene, aquellas!
en fin, que el tiempo pasado
Dios no nos lo tome en cuenta.

OTRAS MANCHEGAS.

Partidaria eres, Julia,
de *Capellanes*,
por lo cual te conocen
algunos *frailes*.
Esto no es nuevo,
porque á caza anduviste
siempre de legos.

Cierta noche en un baile
de la Zarzuela,
dijiste que seducen
las habaneras:

MCD 2022-L5

Pero yo creo
que á tí mas te seducen
los habaneros.

Exámen de conciencia
dicen que haces,
para ir mañana lúnes
á confesarte.
Creo, Ruperta,
que mas que exámen, debes
hacer conciencia.

Que te vas con frecuencia
por los pinares,
dice la gente á voces
por esas calles.
Será mentira;
mas... ¡cuando el rio suena!...
Sigue, hija mia.

Cuando estás enfadada
dices, hermosa,
que tengo muy mal gusto
para hacer compras.

MCD 2022-L5

Toma el espejo,
y si es bueno ó si es malo
dímelo luego.

Ayer tarde decias
en la alameda,
que por costumbre tengo
muy mala lengua.
La tuya dáme,
y si es mejor, con ella
podré enmendarme.

EL RETRATO DE MI ESTRELLA.

Es rubia, rubia, muy rubia,
tiene el pelo, suave y largo,
los ojos, negros muy negros,
los dientes, blancos, muy blancos,
las orejas, diminutas,
y en la frente, un lunar pardo;
cuando la miro, me mira
deshaciéndose en alhagos,
y si me oye silbar, ladra
gozosa y menea el rabo.

MCD 2022-L5

¿Hay una cosa mas mona
que la que te estoy pintando?

MAS CANTARES.

No tengas miedo, morena,
cuando por mi lado pases,
que por mí, no sabrá el mundo
tus pecadillos veniales.

Rie que te rie Antonia,
rie que te rie Antonio,
y poco despues, las risas
se convirtieron en lloros.

La gente, es claro, murmura,
y yo, claro está, la escucho,
y tú, está claro, te enfadas,
y el claro se vuelve oscuro.

Eres bonita, graciosa,
despejada y muy coqueta,
que me den cincuenta palos
si no haces pronto carrera.

MCD 2022-L5

Yo, te quería, eso sí,
tú, no eras mala, eso no,
pero uno estopa, otro fuego,
vino el demonio y... sopló.

Muchos me vienen contando
que eres una larga historia,
¡si supieran esos muchos
que te sé ya de memoria!

Por la noche, todo era
baile, placer y alborozo,
y al poco tiempo... ¡bien dicen
que el baile sale á los ojos!

Pasó el mes de Abril, Amalia,
pero llegó el mes de Mayo,
y empezaron los sudores
y los sustos empezaron.

En tus purpurinos labios
un beso deposité,
de una obra que he concluido,
aquel el prólogo fué.

MCD 2022-L5

En aquel instante, agitóse la campanilla de la puerta exterior.

—¡Será Adolfo! exclamó Luisa, que durante una hora habia permanecido sin despiegar sus labios; y corrió á abrir.

Con efecto; á los pocos momentos, Adolfo daba las buenas noches.

—¡Amigo! exclamó el capitan al verle aparecer, ha hecho usted un libro que me deja muy satisfecho.

—Pues tengo la seguridad de que vale muy poco.

—Al contrario, ¡voto á un cañon! ¡pero qué es esto! ¿no se continúa leyendo?...

—¡Oh! en este momento necesito de Julio, para arreglar algunos asuntos, dijo Adolfo; mañana podrán ustedes continuar.

—Corriente, añadió el capitan; mañana ha de quedar todo leido, ó dejo de ser el hijo de mi padre.

—Pues con permiso de ustedes, añadió el poeta, nos retiramos.

—Pasen ustedes buena noche, exclamó Julio; y los dos amigos salieron de la sala.

—¡Qué es esto! murmuró Luisa para sí; ¡se retira y no me ha dirigido ni una sola mirada! Diga usted, mamá, preguntó á esta: ¿qué tendrá Adolfo? ¡parece que está triste!...

—Ve tú á saber; si cuando yo te digo que estos periodistas no dan mas que disgustos.

—Cállate, bachillera, exclamó el veterano; ¿qué entiendes tú de estas cosas?...

—Es que...

—Basta, y á dormir, añadió dando el ejemplo.

A los pocos momentos, un profundo silencio reinaba en toda la casa.

MCD 2022-L5

VII.

Temores.

Como verán nuestros lectores. Adolfo se daba prisa en preparar todo lo indispensable para el viaje en que no se necesitan alforjas.

Julio, cada vez mas absorto, estudiaba la fisonomía de su amigo, pero en vano intentaba adivinar lo que barajaba éste en su mollera; así es, que al verse solo con él se apresuró á decirle:

—Pero, Adolfo, ¿puede saberse qué diablos te sucede?

—Voy á suplicarte una gracia, dijo éste contestando á la pregunta de Julio: mañana necesito salir de casa temprano: probablemente no regresaré en algunas horas; si durante estas fuérame necesario el darte algun encargo, una carta mia te lo avisará, y solo te pido que me complazcas en todo lo que te ruegue.

—¿Y no tienes nada mas que advertirme? preguntó Julio.

—Nada mas.

—Pero ¿qué diantres llevas entre manos?

—Mañana lo sabrás, Julio; entretanto, perdóname el que por la primera vez de mi vida tenga secretos para tí.

MCD 2022-L5

—Tú te entenderás, dijo Julio; por mi parte te aseguro que no ha de quitarme el sueño el deseo de resolver lo que para mí es un problema, siempre que no vaya á sucederte alguna desgracia.

—¡Quién piensa en eso! exclamó Adolfo tratando de disimular con una sonrisa lo que pasaba en su corazon.

—En ese caso, prosiguió su amigo, quedo tranquilo. ¡Hola! ¿vas á escribir? dijo reparando en que éste preparaba pluma y papel.

—Sí, un poco, contestó Adolfo.

—Entonces, te libro de mi presencia, añadió Julio; y se dirigió á la alcoba en la que le encontramos por vez primera.

Adolfo empleó una gran parte de la noche en escribir algunas cartas que guardó en su cartera.

A las once de la mañana siguiente, hora en que se servia cotidianamente el almuerzo en la casa de la calle del Leon, el capitan Cienfuegos y su costilla, Luisa y Julio, esperaban en el comedor el regreso de Adolfo.

Éste habia abandonado la casa una hora antes, prometiendo volver en breve.

Pronto las saetas del reloj señalaron las once y cuarto.

—¿Dónde demonios se habrá metido ese chico? exclamó el capitan al reparar en la hora.

—No debe tardar ya mucho, se apresuró á decir Luisa.

Sin embargo, trascurrió otro cuarto de hora.

Doña Restituta movia de cuando en cuando la cabeza y murmuraba para sí:

—¡Estos periodistas!... ¡Hum!...

Luisa sentia en su corazon un peso mayor del que pueden arrastrar cuatrocientos caballos.

Julio meditaba.

El capitan examinaba el reloj entre bostezo y bostezo.

Habian sonado las doce menos cuarto.

Julio comprendió que cada cual de los personajes que á su lado estaban, se perdia en comentarios, y una idea luminosa sugirió á su mente.

Habia encontrado el medio de distraer por algun tiempo la imaginacion de aquellos.

Anhelando ponerlo en práctica,

—Capitan, dijo, ¿quiere usted que termine la lectura del libro mientras esperamos la llegada de Adolfo?...

—¡Hombre, sí! contestó el interrogado.

—Pues manos á la obra.

Yá los pocos momentos, Julio, empezando á leer, dijo:

EPÍGRAMAS.

A los piés de un confesor
llegó contrita Leonor,
y de un año, y en un brinco
trescientos sesenta y cinco
pecados contó, de amor.

—¿Hay mas?... dijo amostazado
el confesor.—Yo no sé,
contestó; mas, cuente usté
el de hoy, por adelantado.

Há un mes, se enfadó mi bella
y como la quiero tanto,
para contener su llanto
empecé á jugar con ella.
Mas desde entonces á ahora,
sin comprender el por qué,
no pasa dia en que esté
sin enfadarse una hora

INDIRECTAS.

He visto que tu marido
tiene la boca pequeña;
no comprendo cómo son
tan anchas sus tragaderas.

MCD 2022-L5

Primitivo y Primitivo
llama á tu marido el mundo,
y yo equivocando el nombre,
le llamo siempre Segundo.

Ya no soy Tecla organista,
porque me ha dicho mi abuela
que á morirme voy muy pronto
si ando mas de tecla en tecla.

Que eres mujer de tu casa,
dicen; y yo lo repito,
porque en ella muchas veces
te quedas con tu marido.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ.

Al ajedrez un dia
tú y yo jugamos,
cogiendo tú *los negros*,
y yo *los blancos*.
Y unos y otros,
sobre el *tablero* en órden,
quedaron pronto.

A las pocas jugadas
de la *salida*
colocaste *las piezas*
muy uniditas,
Y al poco rato,
te creias el juego
casi ganado.

Pero viendo que el triunfo
cierto no era,
por tu embebida mente
cruzó otra idea;
Y con malicia,
comenzaste á sacarme
de mis *casillas*.

Esto vino de molde
para mis planes,
pues sin demora alguna,
sin tregua darme;
Mi *juego* hice,
avancé los *peones*,
te *ataqué* firme.

Y por esta jugada
perdiste el *juego*,
pues teniendo á *mis blancos*
entre *tus negros*,
Sin resistencia,
á tu *rey*, *jaque mate*
dí con mi *reina*.

RECUERDOS

Un lunar tienes Ana
donde no miento,
otro junto á la boca
y otro en el cuello.
¡Ya caigo, diantre
porque Luis, diz que tienes
muchos lunares!

Ven acá, rencorosilla,
¿ó has olvidado ¡pardiez!
el dia aquel que sumaste
uno mas una son tres?

¿Te acuerdas de aquellas noches?
¿te acuerdas de aquellos dias?
haz exámen de conciencia
y ve á confesarte, niña.

Dolores, no me recuerdes
aquellos tristes amores,
en que por tanto quererte
te dí que sentir, Dolores.

Detras de tí, morena,
fuí mas de un año.
¡Vírgen de la Almudena
qué desengaño!

UNA DE PERO GRULLO.

—¿Qué puede entristecerte, Antonio mio?
¿Acaso el ver nevar, ó acaso el frio,
ó de mis ojos la mirada amante
que te busca afanosa?...
—No, hija, es otra cosa.

MCD 2022-L5

—¡Otra cosa! Respóndeme al instante.
¿Es que me has olvidado, y tu alma impía
finge lo que no siente al alma mia?...
¡Enmudeces! ¡Te turbas!... ¡Está visto!...
¡Ay, infeliz de mí!...
—Que no es eso, Amelí.
—¿Que no es eso? Que no, mujer, ¡por Cristo!

—Pues entonces, ¿qué pena te atormenta?
—A decírtela voy: escucha atenta,
y esa infernal sospecha cese luego.
Si estoy preocupado,
es que no me ha quedado
ni un cuarto para hacer rezar á un ciego.

ADMIRACIONES.

Mira si tengo memoria:
aun recuerdo el dia aquel
en que asombrada decias:
¡qué cosas tienes, Ginés!

MCD 2022-L5

No me admiró ver que estabas
á los piés del confesor,
lo que me admiró fué ver
echarte la absolucion.

¿Conque te asombra que Casto
me llamen desde aquel dia?...
Lo que me asombra á mí es
que á ti te llamen Virginia.

Por desgracias de familia
fuiste á servir de doncella;
¡á lo que obliga la suerte!
nunca creido lo hubiera.

HABANERA.

—Guachindanguita der arma mia,
guachindanguita der corason,
ven á mis brasos, no seas mala,
dame tu amó, dame tu amó.

—Guachindanguito der arma mia,
guachindanguito der corason,
no diga eso que al escuchalo
me da rubó, me da rubó.

—Yega ya guachindanga,
yega y no pongas triste er chichí.
—Caya guachindanguito,
caya que er branco puede venir.

—Yo he de desirle ar branco
que de tus ojos escravo soy.
—Y er te dirá que er nego
solo es escravo de su señó.

—Guachindanguita yega á mi ya,
guachindanguita güerve er chichí.
—¡Ay guachindango! ¿ajá, ajá?...
—¡Ay guachindanga! así, así.

OTROS CUANTOS.

Un pastel de hojaldre real
quisimos hacer un dia,

y sobando bien la masa
¡qué pastel hicimos, chica!

Para que te arme un Belen
me llamas con gran recato,
al á voy y enseguidita,
¡verás qué Belen te armo!

Con una manta tapados
subimos una montaña,
pero al llegar á la cresta
tiró el diablo de la manta.

Con verme solo de lejos
turbacion te causo yo,
y cuando estoy á tu lado
te causo mas turbacion.

Te veo gastar con rumbo,
te veo muy bien vestida,
¡te veo! pero no veo
de dónde salen las misas.

MCD 2022-L5

Hacer al fresco ó al óleo
tu fiel retrato yo quiero;
pero me inclino á creer
que voy á hacértelo al fresco.

CUESTION DE FORMAS.

FÁBULA.

—Digazte, vida mia,
le dijo un majo, allá en Andalucía,
á un mozo aragonés que en una tasca,
tragaba bacalao, masca que masca.
—¿En la tierra de ozte, cómo se eztila,
á uno desir, me eztorba ozté, don Lila?...
Y el *baturro* en cuestion, que rana no era
y comprendió la pulla á su manera,
al tinto dando un sorbo,
—¡Otra! dijo con calma, al que hace estorbo,
con la mayor frescura
le cogemos, así, por la cintura,
y sin mas requilorios, con gran calma
lo echamos fuera, aunque se rompa el alma:

Y antes de que algun otro lo impidiera
estrelló al andaluz contra una acera.
Dice bien el refran: «Cada maestrico
acostumbra á enseñar por su librico.»

MESA REVUELTA.

Cuando veo lidiar toros
oigo cosas que no entiendo,
pues cuanto mas malos son
me dicen que son mas buenos.

Que el buen paño se vende
siempre en el arca,
tu madre decir suele
muy estirada.
Dile á tu madre,
que tambien corre el riesgo
de apolillarse.

¡Señora doña Sofía!
¡por mi casa tanto bueno!
pase usted, pase usted, pase.
(Los pases de reglamento.)

MCD 2022-L5

De Zaragoza al charco
fuimos juntitos,
y en el charco profundo
juntos caimos.
¡No esperé nunca
encontrar en un charco
tales honduras!

Que pararé en Leganés
dices, y eso no me arredra;
pues si van locos y locas
tambien van cuerdos y cuerdas.

Porque gasto sin tasa
dice mi padre,
que mi chaleco, roto
debe encontrarse.
Y añade sério
que el agujero cierre
de mi chaleco.

¡Alto, paisana!... ¡alto, he dicho!
¡alto, y van tres!... no la arredro:
cumplamos con la ordenanza.
¡Preparen!... ¡apunten!... fuego.

Tal vez por verte soltera
suelen decir unos cuantos,
que están ciertos y seguros
de que no mueres de parto.

Si supiera tu marido
todito lo que yo sé,
desde ahora te aseguro
que se tendria por Rey.

Dice Aurora que existen
flores de flores,
que unas dan fatiguillas
y otras olores.
De estas salen á veces
gratas esencias,
de aquellas salir suelen
bodas y etcétera.

Estando tú en el balcon
desde la calle te hablé:
¡vaya un afan que tenias
porque te mirara el pié!

MCD 2022-L5

¿A que no aciertas, Julia,
sabiendo tanto,
lo que en este momento
tengo en la mano?...
Pues es la pluma,
con la que ahora mismo
te escribo, Julia.

Amparo idolatrada,
Amparo hermosa,
ampara á un desvalido
que amparo implora.
No desampares
al que á Amparo se llega
para ampararse.

Al compás de una guitarra
me puse á cantar mis penas:
veinte años llevo cantando
y aun estoy en las primeras.

Dando pruebas visibles
de tu despecho,
que no valgo un cigarro
dices con ceño.

Claro es, muchacha,
por eso me he salido
de tu petaca.

Para hacer un buen gazpacho
me llamaste con sigilo,
tomamos lo necesario
y en un instante lo hicimos.

EPÍGRAMAS.

Blasa un ramo me enseñó,
que era hermoso el ramo, ví,
y yo el ramo la pedí
y ella el ramo me negó.
Supliquéla, inútil fué;
pero aunque estaba en su casa,
comencé á luchar con Blasa
y al cabo se lo quité.

Jugaban Luis y Sofía
día y noche al escondite,
y Luis, tomando desquite
un *camelo* dióla un día.

Quiso ella sacar el hilo
de aquel chasco, y en su anhelo
por descubrir el *camelo*,
se encontró con un *Camilo*.

CUESTION DEL DIA.

La escena pasa en Madrid
y calle de Milaneses;
un *inglés* ve á su *adalid*,
porque en la patria del Cid
hay adalides é ingleses.

Inglés.

—Escuche usted, don Conrado:
si no me paga al contado
aquel piquillo, á fe mia,
no extrañe usted que irritado
á juicio le cite un dia.

Estoy ya fuera de quicio,
y he de salir de esta red,
como me llamo Simplicio.

MCD 2022-L5

Adalid.
—Corriente: el dia del juicio
prometo pagar á usted.

En aquel instante se escucharon doce campanadas.

—¡Caracoles! exclamó el capitan, ¡las doce, y ese endemoniado chico sin venir á almorzar!

—Ya no debe tardar, dijo Luisa, que en vano ocultaba el roedor de su alma.

—Tiene razon Luisa, añadió Julio; mas ¿qué ruido es ese que se oye?...

—Poca cosa, dijo el capitan: una nubecilla que se prepara á deshacerse de la carga que lleva á cuestas; pero ¡qué diantres! continúe la lectura, que todo será trueno mas ó menos.

Julio siguió leyendo:

RUEGOS.

Mujer, no te hagas la santa,
porque todo el mundo sabe
que si quiero, puedo dar
hasta pelos y señales.

Tu abuelo, segun me dicen,
sostiene que eres muy buena,
díle á tu abuelo, María,
que se lo cuente á tu abuela.

MCD 2022-L5

No me lo niegues, mujer,
no me lo niegues, te ruego,
porque hace tiempo que estoy,
á probártelo dispuesto.

Para aquello que tú sabes
te estaba pidiendo ayuda,
pero no fué necesaria,
porque entonces entró Justa.

Á UNA B....

Ven á mí, ven á mí, luz de mi alma,
encanto celestial de mi existencia,
cerca de tí, respiro grata esencia,
cuando de tí me alejo estoy sin calma.
Ven á mí, vená mí, luz de mi vida,
anhelo de mi anhelo,
tú eres mi edén, mi cielo,
mi ambicion, mi delicia, mi tesoro,
ven á mí, yo te adoro:
en tu seno se oculta mi esperanza,
por tí sueño dormido y aun despierto,

MCD 2022-L5

mi afan siempre en tu busca, audaz se lanza;
lejos de tí, la vida es un desierto,
la dicha siempre es poca,
no hay placer para mí sobre la tierra,
dáme los goces que tu seno encierra,
une á mi boca tu pequeña boca.

. . . . . .

. . . . . .

Así un borracho hablaba
á una botella que á su lado estaba.

—En cierta ocasion, dijo el capitan al escuchar los anteriores versos, tenia yo un coronel á quien gustaba el vino mas que á Baco; pero una noche se emborrachó, llegó el enemigo, nos cogió de sorpresa, y por hallarse el coronel en aquel estado, perdimos los bagájes y además le atizaron un balazo á un tambor nuestro.

—¿Y murió? preguntó doña Restituta.

—¿Quién? dijo el capitan.

—¡Toma! ¡el tambor!...

—¡Qué habia de morir! le pusieron al dia siguiente un parche nuevo y se quedó tan corriente.

—Pero ¿en dónde le pusieron el parche?...

—¡Dónde se lo habian de poner! en el pueblo en que estábamos alojados.

—¡Mire usted qué salida!...

—Vamos, continúo, ¿ó qué? exclamó vivamente Julio, temiendo otra cuestion.

—Sí, continúe usted, Julio, contestó Luisa.
—Obedezco, pues, añadió aquel.

LÁGRIMAS DEL ALMA.

IDEA TOMADA DE UN LIBRO EN BLANCO.

—Niña, ¿por qué con dolor
viertes ese amargo llanto,
y tu rostro encantador
se colora de rubor
al mirarme con espanto?...

—¿Por qué se inclina tu frente
que erguida antes se mostraba,
cuando á la limpia corriente
de la cristalina fuente
enojos tu frente daba?...

—Porque un zagalico, ¡ay Dios!
me vió salir de la villa,
y corriendo de mí en pos
al encontrarnos los dos
me rompió la cantarilla.

Vedla aquí, presa en mis brazos:
y ansiando poner enmienda,
buscaba por esta senda
quien me una sus pedazos
sin que mi madre lo entienda.

—¿Y el zagal?—Echó á correr,
mi cantarilla al romper.
—¡Llora, pues, tu desventura!
—Mas... vos que veis mi amargura,
¿no la podeis componer?...

—No sirvo para eso yo.
—¿Y no he de hallar lo que quiero?...
—Niña, presumo que no,
si no *entiende* de alfarero
el zagal que la rompió.

ENTRE COL Y COL...

Te enfadas porque conservo
los recuerdos del ayer;
usted dispense, señora,
si la he ofendido á usted.

MCD 2022-L5

El *qué dirán* de las gentes,
oigo que se ceba en tí,
y tú al *qué dirán* contestas
con el qué se me da á mí.

Un favor me hiciste, Luisa,
esto no lo niego yo,
pero casarme contigo...
mil gracias por el favor.

Que eres la mujer mas santa
he oido por ahí,
los milagros que tú hagas...
que me los claven aquí.

OTRA ROCIADA.

—¿De dónde vienes, mujer,
tan cansada y descompuesta?...
—¡Toma! vengo de la compra.
—¿De la compra, ó de la venta?

Yo soy tuyo, primo hermano,
tú eres mia, prima hermana,
va, chica, no pases penas
que todo se queda en casa.

¿Te acuerdas de aquella noche
que estaba lloviendo á jarros
y cuanto mas te tapaba
mas te seguias mojando?...

¿Cuándo te confirmas, chica?
¿que para qué?... ¡pues me agrada!
aún es fácil que pretendas
seguir llamándote Casta.

Cuando tu madre, Matilde,
vino con el cuento aquel,
me eché á reir y la dije,
á mí, ¿qué me cuenta usted?...

Tú que eres corta de génio,
yo que soy largo de manos,
solos, de noche y á oscuras...
el desenlace está claro.

MCD 2022-L5

¡Ay cuánto me pesa, Elvira!
entonces yo era una malva
y en este maldito mundo
la ocasion se pinta calva.

Para criada, una chica
tomé de diez y ocho abriles,
y francamente confieso
que la criada me sirve.

UNA SÚPLICA.

Á UNA HERMOSA.

Amalia, aunque estoy de prisa,
porque me espera otra cosa,
bien salga verso, ó bien prosa,
óyeme y conten la *risa*
de esos tus labios de *rosa*.

Como alma que el diablo lleva
te encontré, ví tu pié leve,
y exclamando:—Truene ó llueva...
fuíme á hablarte, pero en *breve*
me pusiste hecho una *breva*.

Una noche, junto á tí
la suerte me colocó:
cual siempre hermosa te ví,
y al pedirte el dulce *sí*,
me diste un amargo *¡só!*

Risa causóme el *salero*
que *tanto favor* me hiciera;
mas seguí mi derrotero,
que te p obará *cuál quiero*,
porque un *¡só!* pára á *cualquiera*.

Desde entonces, como un loco
juré adorarte, ¿y qué saco?
el que, sufriendo no poco,
me crean muchos un *caco*,
al ir haciéndote el *coco*.

Ea, mitiga mi ardor,
haz que cese mi penar,
y endulzando este dolor
acoge en tu alma mi *amor*,
y sabrás lo que es *amar*.

MCD 2022-L5

¿Ves? ya se irrita mi pluma
al ver que á tu labio asoma
la risita... Amalia, en suma,
no sigas echando á *broma*
este pesar que me *abruma*.

¡Pesar que produce el fuego
que en mi alma hace un estrago!...
Mas, si á ser tu amor no llego,
¿cómo yo este fuego *apago*
teniéndote tanto *apego*?

Mi esperanza al ver perdida
solo un camino me queda;
me convertiré en suicida,
y acabaré con mi *vida*
aunque la Iglesia lo *vea*.

Mas si por su suerte mala
dueño de tí se titula
aquel que tanto te adula,
si no le mando una *bala*
que no me valga la *Bula*.

Antes que verme burlado,
y burlado de ese modo,
prefiero morir ahorcado;
y aunque por tí me hallo *atado*,
estoy decidido *á todo*.

Adios, ingrata hermosura:
si tu pecho se ablandara
y anhelases mi ventura,
avísame, que tu *cara*
no debe quedar sin *cura*.

EL GÉNIO DEL MAL.

CUENTO.

Piensan los enamorados
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira
y no falta quien los ve.

I.

Era del Abril florido
noche risueña y templada,
y el trovador de los bosques,
de los pensiles el guarda,

el cantor de la espesura,
el tenor de la enramada,
triste lanzando al espacio
quejas de amor saturadas,
con sus dulcísimas trovas
el pensamiento arrobaba.
Y el astro de los amantes
mostrando faz plateáda
que del capúz de la noche
las negras sombras espanta;
á un jardin embalsamado
por el lirio y por la acacia,
en purísimos destellos
dábale su luz de plata.

II.

Bajo un cenador cubierto
de enredaderas tempranas,
una dáma como Vénus
y un galan como el de Gaula,
en dulce y sabroso diálogo
ébrios de amor conversaban
sin advertir que una sombra
del génio del mal fantasma,
á los dichosos amantes

con insistencia acechaba
oyendo del Amadis
frases que astuto forjara
y que el candor emponzoñan
con el aroma que exhalan.

—Vida de mi vida
decia el amante,
¿por qué con desdenes
pretendes matarme?
¿por qué de mí dudas?...
¿por qué asesinándome,
ni ves mis angustias,
ni ves mis afanes,
si ciego te adoro,
si triste y errante
siguiendo tu huella,
buscando tu imágen,
ni dichas recuerdo,
ni olvido pesares?...

Despues el blando ruido
percibióse de un beso agradecido,
dejándose sentir de cuando en cuando,
suspiros dulces mil de almas amando.

MCD 2022-L5

Y una nube ligera,
veloz cruzando la elevada esfera,
á la luna en su sábana envolvió,
y cuando esta de nuevo rieló,
la sombra sola en el jardin se hallaba,
que con gozo indecible murmuraba:

—¡Mujer, mujer! ¡tesoro
siempre anhelado!
¡rosa cuyas espinas
forma el engaño!
¡Ay si amorosa
la pureza descubres
de tu corola!

¡Vergel donde se oculta
de amor la fuente!
¡cáliz que encierra el néctar
de los placeres!
¡Ay si al capricho
dejas probar del cáliz
el contenido!

. . . . . .
. . . . . .

Piensan los enamorados
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira
y no falta quien los ve.

¡VIVA LA PEPA!

Cuando te miro
por la pradera
corriendo alegre
de ceca en meca,
de mata en mata,
de piedra en piedra,
de fuente en fuente,
de senda en senda,
y en el *allegro*
de la carrera
pruebas que tienes
muy buenas piernas;
digo estirando
mucho la geta,
¡ole, salero,
viva la Pepa!

MCD 2022-L5

Cuando contrita
te hallo en la iglesia,
grave y devota,
mística y séria,
baja la frente,
reza que reza,
ora que ora
mas de hora y media,
y en otras horas
principio de estas,
te hallé... y me callo
de qué manera;
digo estirando
mucho la geta,
¡ole, salero,
viva la Pepa!

Cuando te encuentro
muy peripuesta
dándote el tono
de una princesa
cerca del quidam
que te *camela,*
si por *camelo*
pasa en tu tierra

vender favores,
cambiar finezas,
por trapos nuevos
y alhajas viejas;
digo estirando
mucho la geta,
¡ole, salero,
viva la Pepa!

Y terminando,
anima mea.
Cuando recuerdo
lo de la fiesta,
y aquella danza,
y aquella escuela,
y aquellas horas,
y aquellas eras,
mientras la gente
dice muy séria;
que á ser vas otra
Santa Teresa;
digo estirando
mucho la geta,
¡ole, salero,
viva la Pepa!

MCD 2022-L5

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

FÁBULA.

Medio muerto de dolor
por tarde, noche y mañana,
Juan andaba tras de Juana
suplicándola su amor.
Inútil era su ruego;
pues cuanto mas, noche y dia
por lograr su amor hacia,
mas de Juana era el despego.
Viendo el diablo la afliccion
del galan de quien se trata,
en el alma de la ingrata
obró una trasformacion.
Y al año justo, no miento,
de amor loca y con afan,
Juana andaba tras de Juan,
pidiéndole... casamiento.
Si Juan accedió ó negó,
esa es ya cuestion aparte;

á mí no me ha dado parte,
y eso es lo que siento yo.
Esto te demostrará
lo que en el mundo sucede:
el que hoy, LECTOR, *te precede,*
mañana en pos de tí irá.

TOTUM REVOLUTUM.

Cuajadita de dulces
y frutas varias,
la rinconera tienes
que hay en tu sala.
Por esa, prenda,
voy yo siempre buscando
tu rinconera.

La mujer del escribano
es de caridad modelo,
acaso por esto, es
querida de todo el pueblo.

Mira, mira cómo llueve;
¿qué no, dices sonriendo?...
ven acá, ven y verás
qué gotas están cayendo.

Gran sorpresa te ha causado
que despida á la criada,
y no miras que lo he hecho
porque no pára en la casa.

Yo sueño, Inés, muchas noches
con unos cañones mónstruos,
y sueño tambien, Inés
que le apuntan á tu esposo.

¡Ay, Eulalia! francamente
cuando de tí me separo,
ángeles y serafines
dicen santo, santo, santo.

La tierra tiene sus flores
y sus peces tiene el mar,
y mi suegra tiene un génio
que ni el mismo Barrabás.

MCD 2022-L5

A Perico, segun dicen
demuestra Inés simpatías.
eso será porque juntos
Inés y Perico habitan.

Julio se preparaba para continuar, cuando un campanillazo dado con fuerza, y un trueno sordo que sonó en aquel instante, le obligaron á separar la vista de los papeles.

—¡Gracias á Dios que ha parecido el desertor! exclamó el capitan sin hacer caso del rugido de la tormenta.

Luisa se apresuró á abrir la puerta.

MCD 2022-L5

VIII.

¡¡¡Horror, terror, fu... ror!!!

A los pocos momentos de haber sonado la campanilla, Julio leia con avidez una carta.

—¡Cielos! exclamó saltando de la silla, ¿qué es lo que he leido?. .

Y una mortal palidez cubrió su rostro.

—¡Muerto! continuó diciendo, ¡muerto! Y cayó desplomado en su asiento.

—¡Muerto!... repitieron todos los presentes á excepcion del mensajero, que lo era el que la tarde anterior vimos conversar con Adolfo en la calle de Alcalá.

—¡Pero qué es ello, Dios mio! dijo Luisa.

Y se arrojó sobre la carta, en la cual comenzó á leer lo siguiente:

«Julio: un percance de la vida, me obliga á batirme hoy á las once: si perezco en el duelo, esta carta será el último adios que te envie.»

Luisa cayó desmayada.

Habia reconocido la letra de su amante.

—Pero ¿de quién se trata? preguntó el capitan tratando de incorporar á su hija.

—De Adolfo, pudo pronunciar Julio á duras penas.

—¡Gran Dios! exclamó el veterano.

Y un sordo ruido de pisadas, que empezó á perci-

MCD 2022-L5

birse en la escalera, se confundió en aquel instante con el tableteo del trueno.

Pero veamos qué habia sido de Adolfo desde que abandonara la casa de la calle del Leon, á cuya puerta le esperaba una carretela, en la cual se encontraba el personaje que conocimos el dia anterior en la Puerta del Sol.

—¡En marcha! gritó éste con voz de mando así que vió al jóven á su lado.

Y el chasquido de la fusta aguijoneó á los caballos, que partieron al galope.

A la media hora, el coche paraba en una de las quintas próximas á la carretera de Zaragoza.

—¿Ha llegado alguien? preguntó Adolfo al criado que abrió paso al coche.

Aquel contestó negativamente.

El poeta examinó la esfera de su reloj (1), y apoyándose en el brazo de su padrino, entabló con éste un diálogo filosófico sobre la inmortalidad del congrejo.

Habian sonado las once.

Adolfo miraba con inquietud á la puerta, hiriendo el suelo de cuando en cuando con la planta del pié.

Así trascurrió otro cuarto de hora.

—¡Querrán darnos un chasco! exclamó por fin el poeta.

—No es creible, contestó D. Luis.

Pero el adversario no parecia.

—¿Sabes, Adolfo, continuó aquel, que me atormenta un disgusto?

—Sepamos cuál es la causa, dijo éste.

—No haber podido evitar que el duelo se lleve á cabo con pistola.

---

(1) Aquel poeta tenia reloj.

Adolfo hizo un mohin de desprecio, y se encogió de hombros diciendo:

—Me es enteramente igual.

En aquel momento, un coche paraba á la puerta de la quinta.

—¡Ahí están! murmuró Don Luis saliendo á recibir á los recien llegados.

Con efecto, á los pocos instantes se encontraba cerca de Adolfo el feo que vimos la tarde anterior en la casa de la calle del Leon.

—Dispénseme usted, caballero, dijo así que se acercó al poeta: causas que no ha estado en mi mano evitar, me han impedido ser tan puntual como debiera.

—No importa, contestó Adolfo; en el trance en que nosotros nos encontramos, hay por necesidad que llenar ciertas formalidades.

—¡Ah! no ha sido ese el motivo, sino que pedí anoche prestado el frak que usted ve, á un amigo mio encargado de repartir prospectos por los cafés, y el maldito se habia olvidado de mi encargo.

—Beso á usted la mano, Adolfo, dijo terciando en la conversacion el segundo de los recien llegados.

—¡Usted aquí!... pronunció asombrado el poeta, al reparar en el que le dirigia el saludo.

—Sí, contestó aquel; tengo el honor de ser padrino de este caballero, y señalo al contrario de Adolfo.

—En ese caso, añadió éste, despachemos cuanto antes.

Los padrinos empezaron á llenar su cometido.

A los diez minutos, las pistolas se hallaban en manos de los dos adversarios, que se encontraban separados por una distancia de treinta pasos.

Una de las condiciones del duelo era, que ámbos

combatientes habian de disparar á un tiempo al escuchar tres palmadas.

Poco se hizo esperar la primera.

—¡Un momento! exclamó Adolfo bajando el arma.

Y dirigiendo rápidamente la vista hácia la huerta de la quinta, extendió los brazos y cantó la siguiente estrofa, parodiando al marqués del *Juramento* en el *tercetto* del primer acto:

De la viña los dulces placeres,
la sustancia que da el peregil,
el melon y la fresca zanahoria,
no son para mí, no son para mí.

—Vamos, que va á descargar la tormenta, exclamó el contrario de Adolfo al escuchar el estornudo de un trueno.

—Vamos, pues, contestó el poeta.

Y al poco rato, mientras un hombre mordia el suelo, despues de haber sonado dos tiros, otro se dirigia hácia Madrid corriendo á mas no poder.

Era Adolfo. La fortuna lo habia protegido, y en tanto que su adversario exhalaba el postrer suspiro, él se dirigia á la casa de la calle de Alcalá.

—¿Está Félix?... preguntó así que hubo llegado á ella.

La contestacion fué que habia salido pocos minutos hacía.

—¡Maldicion! exclamó dirigiéndose hácia la calle del Leon.

Y al fijar el pié en la escalera de su casa, oyó las doce y cuarto en el reloj de San Juan de Dios.

MCD 2022-L5

Inútil es decir el tiempo que empleó en salvar los escalones que lo separaban del piso tercero.

Pero cuán ajeno estaba del espectáculo con que habia de encontrarse.

Luisa apoyada en los brazos de su madre; el capitan prestándola todos los auxilios que estaban á su alcance; Julio en el colmo de la desesperacion, y Félix contemplando asustado aquella desgarradora escena; tal era el cuadro que se presentó á los ojos de Adolfo, así que penetró en la habitacion.

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué es esto?... murmuró creyéndose presa de un sueño.

—¡Cielos! exclamaron todos al reparar en él.

—Ven aquí, miserable, añadió el capitan; gózate en tu obra, y señaló á Luisa.

Adolfo se acercó á su amada

—¡Gran Dios! pronunció no dando crédito á lo que veia; ¡muerta, ella muerta!

Y se dirigió rápidamente á su gabinete.

—¡Adolfo, Adolfo! exclamó Julio siguiendo á su amigo. ¿qué vas á hacer?

Y al concluir de pronunciar estas palabras, escuchóse una detonacion

Julio penetró en el gabinete, pero ya era tarde.

El poeta se revolcaba en su sangre.

En aquel momento dejóse oir un trueno mas seco que los demás, y toda la casa sufrió un ligero temblor.

. . . . . .

. . . . . .

Hora y media mas tarde de los sucesos que acabamos de narrar, varias personas, entre las cuales se encontraban Don Luis y Rodrigo, el sobrino que con tanto ardor defendia doña Restituta, contemplaban con ho-

ror el asolador aspecto que presentaba la habitacion que conocemos en la casa de la calle del Leon.

—Pero ¿qué es esto? preguntó una mujer que se unia en aquel momento al grupo de espectadores.

—Los efectos de un rayo, señora, contestó Don Luis.

—¿Y cuántos son los muertos?

—Seis, añadió otro de los curiosos.

—Don Luis, dijo Rodrigo al oido de éste, ¿quién nos habia de decir que nuestros dos ahijados habian de morir en una misma hora?

Don Luis no atendia las palabras de Rodrigo; habia escuchado un crugido particular, y su vista se fijaba en el techo de la habitacion.

—¡Dios mio! exclamó una mujer, parece que cruge el techo.

—Creo lo mismo, añadió Don Luis, y temo que resentido del rayo...

El padrino de Adolfo no pudo terminar.

A los pocos momentos, un monton de cadáveres estaban sepultados bajo las ruinas de la casa.

¡¡¡Qué barbaridad!!!

MCD 2022-L5

EPÍLOGO.

A los dos dias, y en un pueblo lejano de la córte, un anciano leia con ánsia la gacetilla de un periódico.

«Las desgracias sucedidas á consecuencia del rayo, decia leyendo, son incalculables; pues han perecido, no solo todos los habitantes de la casa, sino muchos mas que entraron en ella, con objeto de contemplar los primeros desastres, no habiendo sido posible salvar á ninguno.»

—¡Cielo santo! exclamó el anciano arrojando al suelo el periódico; ¡mi hijo, mi hijo! y soltó una estridente carcajada.

Estaba loco.

Este anciano era... era... ¡asómbrense ustedes! era el padre de Adolfo.

¡¡¡Horror, terror, furor!!!

MCD 2022-L5

ADDIO.

Lector, lectora, ó lo que seas, si no lo tomas á mal, escucha breves instantes, pues tengo ya deseos de echar contigo lo que en España llamamos un párrafo.

Vamos á ver, ¿qué te ha parecido el libro?... Con franqueza; no temas emitir tu opinion imparcialmente.

—¿Conque malo, eh?... lo creo; otro tanto me ha sucedido á mí.

Pero, en fin, me queda el consuelo de que si este es malo, se han publicado otros mejores, y váyase lo uno por lo otro.

Ahora, réstame advertirte una sola cosa:

El libro de Adolfo ha quedado sepultado entre las ruinas de la casa que tú sabes; haz sabedores de esto á tus amigos, para que no sufran un chasco al querer comprarlo; pero adviértelos al propio tiempo, que en las principales librerías se halla á la venta otro del mismo color, aunque, á la verdad, de mayor mérito, puesto que su autor es nada menos que Ramiro.

Al César lo que es del César.

El libro á que me refiero se titula UN MILLON DE DISPARATES.

Lleva un Prólogo escrito en buen *riojano* por Vallejo, y ya sabes tú quién es Vallejo.

MCD 2022-L5

Haz, pues, que se compre y no creas que esto me ofende; por el contrario: dóite un millon de gracias además de Un Millon de Disparates, y te advierto, por si lo ignoras, que este libro

ES PROPIEDAD DE

El Autor.

FIN.

MCD 2022-L5

ÍNDICE

de las composiciones que forman este libro.

TÍTULOS.	Páginas.
Introduccion	41
Tipos	44
Romanticismo	45
Sal y pimienta	46
Un piropo	48
La malicia	49
Guasita	50
Unas manchegas	51
Un suicida	54
Recuerdos de la infancia	55
Diversidad de ideas	57
El Trovador	59
Epígrama	63
Mas sobre aquello	64
Un héroe	73
Cosas tuyas	74
Principio y fin	75
Baturrillo	76
Sueños de mi amor	79
Gravedad	81

MCD 2022-L5

Epígramas. 83
Cosas de chicos. 84
Mírale á la cara. 87
Cuatro verdades. 88
¿Ve usted?. 89
Otra hornada. 90
Uno de tantos. 91
Serenata. 92
Miscelánea. 95
Los años de la niñez. 97
Amen. 98
Un retazo. 103
Sobrevino. 105
Cortedad. 106
A mi morena. 107
Nueve cantares. 110
Faltas y sobras. 112
Epígrama. 113
Mi Blanca. . . . . Id.
Inocentadas. 114
Analogía. 116
Tiempo pasado. 118
Tal para cual. 119
Epígrama. 120
El pan nuestro. . . . . Id.
Silencio elocuente. 121
Otras manchegas. 122
El retrato de mi Estrella. 124
Mas cantares. 125
Epígramas 131
Indirectas. 132
Una partida de ajedrez. 133
Recuerdos. 135

MCD 2022-L5

Una de Pero Grullo. 136
Epígramas. 146
Cuestion del dia. 147
Ruegos. 148
A una B... 149
Lágrimas del alma. 151
Entre col y col.... 152
Una rociada. 153
Una súplica. 155
El génio del mal. 158
¡Viva la Pepa!. 162
La rueda de la fortuna. 165
Totum revolutum. 166

MCD 2022-L5